

Tiempos de Soñar

Primera edición: 2015

D.R. Casa de Silvia, A.C.

Carretera a La Purísima Número 400,

Barbechos de Guadalupe,

Soledad de Graciano Sánchez,

S.L.P., México 78439

cruzrocha@hotmail.com

+52 444 840 76 85

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso específico de los editores.

Impreso en México.

La vida es un sueño y nada más. Por eso debemos soñar cuanto podamos. La esperanza es lo último que muere ¡Pero muere al fin! Sólo analizando la vida podremos comprenderla.

José Cruz García Rocha.

Tiempos de Soñar

Estoy aquí sentada recordando historias que no pertenecen a mi memoria, oyendo voces ajenas a mi entorno. A la orilla de este lago observando cómo el sol se hunde entre las aguas, el cielo se tiñe poco a poco de sangre. Sostengo entre mis manos un secreto, sus bordes son dorados y las páginas manchadas por la humedad del sótano.

Anoche encontré una sombra que se convirtió en silueta; tomó figura y más tarde se desvaneció. Parecía ser la huella de un amor triste, mancillado por el destino. Algo infiel y pecaminoso. Seguí el sendero de largos y oscuros abetos mientras veía la luna y admiraba las estrellas, escuché lamentos tan lejanos como la curvatura del universo.

Proseguí mi camino sin ocuparme de los sucesos que sentía. Continué hasta que la fatiga me envolvió.

Me recosté mientras una ligera y fugaz centella cruzaba el firmamento, tras ella siguieron nubes de vapor, negras y llenas de furia; rugieron como leones embravecidos, dejaron caer sus zarpazos sobre la tierra: me levanté y huí de ahí. Los relámpagos como serpientes de fuego, hicieron su aparición: tan brutales y ensordecedores. Corrí con desesperación buscando un refugio. Al cesar la lluvia me puse en marcha nuevamente, hasta llegar a mi casa, antes de entrar

volví a ver la sombra de la que les hablé. Tras ella; la figura y enseguida él. Se arrodilló, tomó mis manos y las besó. Abrió sus ojos azules, sacó una cajita y me dio un anillo. Tomó mi brazo y me llevó adentro.

Sólo unas cuantas palabras asimiló mi mente, siento mi corazón afligido, en este momento soy un mudo testigo de algo que pocos llegaron a conocer.

Esta mañana es muy alegre, bebo una taza de café, pienso; y siento compasión ¡fue terrible! pobre...

Camino al sepulcro, vi cuan lejano estaba el cielo de mí y sólo Cristo quien padeció en la cruz, podría prestarme auxilio. Las campanadas eran cada vez más cercanas me enclaustraría para no volver a ver la libertad nunca más, quedaría prisionera por siempre y no volvería a contemplar la vida tan bella. Infernales campanas de la muerte sonaron en mis oídos. Los corceles negros tirando de un carruaje como mensajeros del averno, llevando mi alma encadenada al eterno fuego de la sola desesperanza.

De pronto, como si los cielos hubieran escuchado mis lamentos, aparecieron nubes. Los relámpagos se dejaron caer sobre la tierra. El viento se estremeció como fiera rabiosa: me quedé congelada en el tiempo.

Los caballos huyeron. A lo lejos, encabritado reparaba un equino blanco; corría como el aire, parecía un ángel errante lleno de vida, con hipnótico delirio: corrí hacia él, aunque el viento me ofrecía resistencia, no paré hasta sobre su lomo estar. Tomé sus riendas y empezó a volar tan...

Mi amor de agua, cariño de sol, tus besos; las espinas de mi corazón...

Intento escribir un poema para Alex. Lo amo tanto; aún no ha llegado. Ahora sé, mas lloro cuando leo estas páginas; una historia gris y oscura; una vida destrozada por la crueldad del destino.

Un infierno de una semana viví. Mis lágrimas corrían como ríos incontenibles en esa mañana tan fría. Con agua de rosas tibia y perfumada, bañé mi cuerpo careciente de alma. Con un dorado cepillo, peiné mis cabellos; coloqué el ajuar en la cama y asomé mis ojos hacia la ventana. ¡Ahí estaban todos! organizando mi tragedia. Las bellísimas flores eran monstruos. Los manteles, mesas, y floreros hermosos; pero no acordés a esa supuesta ocasión. Una fina vajilla de cristal diamantado a disposición, para servir los exquisitos manjares que a mi lengua eran polvo. Las flores blancas y destellantes; aborrecidas fueron por mí. Con el corazón lleno de ira y el horror a mí alrededor, desee la muerte. Viendo hacia el este.

***Abrió la puerta mi progenitora dando órdenes: ¡Vístete!
Con un traje muy elegante —envidia de cualquier
convidada— Iba sobre la serpiente más venenosa que
me hubiera mordido. La injusticia cayó sobre la más
desdichada de una familia. La peor de las maldiciones:
la más pequeña e indefensa...***

***Llegó la sentencia, estaba ahí como si estuviera
presenciando mi funeral, solo yo sentía el pesar, nadie
se compadecía de mí. Me acerqué a la cama y tomé el
vestido.***

***...las estrellas brillan en el cielo azul, la luna y su
misterioso color de plata ilumina la bóveda estelar, mi
corazón rebosante de alegría espera tu llegada, las
rosas del jardín se pintan de divinos colores, rojo, azul,
violeta. El sol, benefactor del mundo, resplandece sobre
la inmensa Tierra. Nubes tan frágiles como corderos se
pasean por el horizonte: el viento juguetón y travieso
sopla. Sueño que estás aquí, que regresas del olvido,
juntos nos aventuramos por la vida, deseo tanto tu
presencia ¡Quiero que estés aquí!***

Escribo, unas líneas pensando en el día en que el arqueólogo Alex regrese. Casi un año ha pasado desde que se fue a seguir su pasión por el pasado; y yo aquí en casa con un nudo en la garganta, al descubrir la desdicha de mi antepasada.

Me gusta tanto el pueblo de tarde, sobre todo en los días de noviembre, sentir su suave céfiro, rondar por sus calles llenas de misterio y escuchar las voces de los ecos, ver sus casas vacías y sin vida, contemplar una roja puesta de sol. Así es el pueblo que yo amé, un lugar que mi persona frecuentaba casi a diario, cada uno de sus rincones cuenta una historia; cada calle tiene su propia leyenda, sus ruinas son testigos silenciosos del tiempo, que implacable va, consumiendo todo a su paso. Unos vienen, otros van, salen huyendo del lugar como si algo que los atormenta los fuera a destruir; su escuela, su iglesia, la calle principal va quedando desolada. La gente lo abandona, lo deja: se lanza a buscar una nueva vida.

El libro que estoy leyendo es interesante, el tiempo pasa y me siento un poco abatida pensando en por qué ella sufrió tanto; estoy feliz por haber nacido en esta época donde puedo hacer lo que quiera sin que nada, ni nadie, me lo impidan.

La tarde era rojiza, caía sobre el cielo como si fuera el destello de lo inimaginable. Mientras mis

pasos se encaminan a casa, las estrellas se pintan en la noche y la luna reluce sobre la Tierra día con día. Mis notas se transforman en el sonido del piano; y se funden una a una con las teclas del corazón. Las cuerdas de su violín se oyen en los arrecifes de la luz. El ramo de azucenas adorna nuestra ópera, que sólo en la íntima soledad se inspira, a las doce campanas terminó el concierto y cada uno escribió su poema:

¡Tú!

Que eres la luz de mi alma.

Tú que eres la almohada de mis sueños; que eres el consuelo de mi vida.

Tú que eres la esencia de mí ser.

Que eres la lámpara de mis ojos.

Yo que daría mi vida.

Yo que te amaría toda la eternidad. Que nunca te olvidaría.

Yo sería tu inmensa felicidad. Yo que me enamoré de tus ojos.

¡Te amaré por siempre!

Por fin mañana regresa, me estoy muriendo de felicidad. Escribí unas cuantas cosas para mostrarle cuanto lo extrañé:

Corrió a los brazos de Alex, su corazón emanaba tanta alegría, sus labios le dieron la bienvenida. En el aeropuerto los pasajeros presenciaron su amor. No podía dejar de ver sus manos; son tan suaves, seda de cinco dedos, sus ojos la perfección infinita y una boca que sabe besar sin compasión.

Eres tierra de fuego, el lugar donde yo nací, donde los sueños se funden y dan alivio; la esperanza en el lugar que fue teñido de sangre y alientos del pasado donde habito, donde nunca se duerme y se trabaja infatigablemente, donde reina la vida y la alegría. Mi tierra teñida de sal que alimenta las aves del cielo y los animales del suelo, donde mi piel morena se enorgullece de estar, donde mis pies ligeros y sin descanso recorren cada centímetro de su superficie, lugar donde mis ojos se deleitan con sus mil maravillas, sitio donde brotan las ideas, donde sueños livianos y radiantes vuelan al centro de la realidad...

En la recámara deshicieron las maletas, contenta esperando recibir los regalos. Un fino juego de té chino — porcelana pura— collares de oro traídos de lejano oriente y mil aventuras que contar.

VIERNES 18.

Caminé por las arenas del desierto egipcio, el calor es sofocante, los espejismos danzan delante de mis ojos, metros de dunas nos envuelven, sobre los sedientos camellos trato de ver, creo que falta mucho... Es hermosa, magnífica, una grandeza de la civilización; la esfinge de la Diosa Isis. No somos los únicos que la visitan, los cazadores de tesoros la han saqueado, se han llevado parte de su esencia.

LUNES 21.

Los ayudantes lograron abrir una pesada losa de cantera con varios jeroglíficos por lo menos son diez toneladas de información: "No pases aquí dentro, que la muerte es una guardiana letal" ¿Qué querrá decir? Acaso es una advertencia, es obvio que no la han tomado en cuenta. En el interior tras dos mil escalones en las entrañas de la tierra, hay una cámara de 400 metros cuadrados. El aire encerrado por miles de años casi sofoca nuestros sentidos, debemos continuar pero no hay nada, solo unos dibujos en las paredes y en el techo.

MIÉRCOLES 23.

John y yo hemos limpiado parte de la pared norte. Es muy extraño, esto no se parece a lo que hemos visto, no tiene sentido. No son escrituras egipcias, parecen griegas o sumerias, estoy muy confundido, no logro entender.

SÁBADO 26

Es sorprendente lo que encontramos, bajo una ligera capa de lodo, en el muro oeste hay unas palabras en chino ¿En qué planeta estoy? ¿Me habré vuelto loco? ¿Será un sueño? ¿Qué pasará? Es un disparate... En la pared descubrimos letras en árabe y signos nórdicos. Si es lo que estoy pensando es el descubrimiento del siglo.

He tratado de escribir un poco, las palabras se me han terminado. Alex me ha contado una historia impresionante; el equipo de investigación de John Bach y Alexander Kelly descubrió que la esfinge de Isis era en realidad un salón de fiesta que sólo se usó una vez, el faraón de Egipto la mandó construir para invitar a los emperadores y reyes de todo el mundo. Se realizó una recepción que la humanidad no recuerda. En las paredes, el techo y el piso, escribieron sus nombres los invitados; y una pequeña dedicatoria para el faraón. Después amasaron arcilla y los

cubrieron, y así como nadie ajeno a la realeza presencié, el hecho se olvidó en el tiempo.

Al filo de la media noche, con toda la impaciencia del mundo peinaba su cabello, con el alma en un hilo y el pensamiento revuelto, lleno de dudas; se arreglaba, el segundero del reloj, iba al par de sus latidos. El motor encendido se escuchaba tan lejano como si no existiera, el cuarto menguante alumbraba tristemente el ambiente. El chofer conducía el auto con las luces apagadas, las sombras de los árboles se deslizaban por la tierra.

Ese día, en esa fecha; se cumplió la cita, el aroma de las manos de león se impregnaban en el lugar, las tumbas brillaban en todo su esplendor. El silencio macabro se refugiaba en la piel. Cada paso removía el polvo suelto, a esas horas todos dormían, sólo algunos estaban despiertos. Sentada sobre un mármol; esperó, esperó y esperó, cada minuto le parecía eterno.

Finalmente a lo lejos se escucharon sus pasos, se deslizó entre los sepulcros y su imagen estuvo frente a ella, no hubo una palabra solo el abrazo

más largo de su historia, habían pasado varios años desde aquella última vez y ahora estaban juntos entre los difuntos que presenciaron un romance inquebrantable. Pasaron días desde aquel encuentro insólito, y ella pensaba en el porqué de su regreso, ¿la amaría tanto? No sabía qué ideas acomodar. En su mente guardó ese secreto que era el más mortal. Si alguien lo sabía todo se acabaría, un escándalo se guardaba en el pasado.

En aquel lugar, lleno de graves problemas, ella sólo deseaba escapar, irse para siempre. Alex y Eloise escribían en la computadora todas las tardes, a veces hacían versos y otras anotaban pedacitos de historias que ellos sacaban de su imaginación.

Estoy aquí por una razón, que ni siquiera sé. A la orilla de un camino, a la sombra de este árbol, yo juré que vendría y terminaría ese asunto, entre polvorientas rocas comencé a caminar, está tan helado el viento, que mis manos se han quedado tíasas, inmóviles, sujetando esas maletas que a mi persona pesan toneladas. En la eternidad de los segundos llegué. Casi sin aliento, sin suspiro y los primeros pasos por esas callejuelas solitarias, no había nadie, nada, sólo el silencio.

Lentamente como si supiera el camino, di con aquella casa, las puertas se abrieron y tras ellas una mujer de vestido azul como si fuera un fantasma, su voz tan apagada, como si fuera de una lejana distancia donde se escuchaba. Tal vez durmiendo, pensé, todo se aclara, caminaba por los pasillos dirigiéndome a la habitación...

Se estaban riendo mientras tomaban un café con los amigos, todos felicitaban a Alexander por sus descubrimientos en Egipto. De pronto, Catherine hizo una pregunta un poco fuera de lugar:

— ¿Cuándo se casan?

A Eloise casi le da un infarto y Alex se quedó con la boca abierta — todos respondieron con una ligera carcajada — ¡Yo seré la madrina! — Dijo Annete.

— Yo me encargaré del banquete— Dijo Richard

Y así fueron diciendo todo en broma.

Esa noche fueron todos juntos al concierto de *Raineri*; cantaron haciendo eco en la voz del trovador italiano, muchas chicas llevaban pancartas diciendo: ¡Te adoramos! Y al final, todo el mundo se peleaba por un autógrafo.

Han pasado muchos años desde que estuve allí, recuerdos y más recuerdos se encuentran regados, el aire sopla a la misma velocidad de siempre, moviendo con lentitud las ramas de estos viejos cedros. No hay magia, solo los ecos del ayer...

Camino por esta vereda llena de polvo y años, veo el cielo sin una sola nube con toda la armonía de siempre; se respira un viento seco y frío, la tarde se desvanece poco a poco, una estrella brilla y otras más abren sus ojos, las ruinas se unen cada vez más al suelo, las grietas y malas hierbas se adueñan de las estructuras, se trepan sobre los techos y los derrumban.

Había una rosa sobre el balcón y en cada suspiro se quedaba un trozo de su vida, pensaba con el día en que su novio llegara a su ventana, dándole una serenata; pasaría si era preciso. Todo el tiempo esperando la tan anhelada noche.

Pasó la primavera y las tardes de verano se las llevó la brisa del otoño, y la espera no terminaba, más larga que los siglos era la infinita desesperación. Sus ilusiones fueron ejecutadas por la noticia, aquellas palabras que mataron a su corazón. En la mitad del invierno se celebraría la boda en la que ella no era la novia. Pude ver la noche llena de diamantes en su

manto y su espejo donde se refleja el mundo. Fue posible escuchar su voz, aspirar su aroma y ver su encanto. Caminé sobre ese sendero que semejaba un hilo en la oscuridad. En el silencio del ambiente pude observar cómo la luna se reflejaba sobre el lago, iluminando el fondo... mis preocupaciones nocturnas inquietaron a quienes me rodeaban. Noches enteras de insomnio, el sueño huyó de mí.

Atardeceres y amaneceres vinieron; todos contemplados por mis ojos. Abandonaba mi lecho por la media noche y regresaba al salir el sol, nadie se enteraba. Me acostumbre a escuchar el canto de los búhos y las melodías de los grillos. Esa noche inolvidable y trágica ha quedado marcada en mi memoria.

Los cielos estaban pintados, mil estrellas, cientos de constelaciones. El silencio ahuyentó mi sueño; ni un sonido, nada, ni siquiera un solo crujir de alguna voz perdida. La neblina bajó lentamente, avanzando, envolviendo cada cosa; sin decir nada abrí los ojos y contemplando el espectáculo admiré la fantasmal escena.

Por mi cabeza pasaron ideas, el frío traspasaba las paredes de mi alcoba y se hundía hasta los huesos. Las palabras sepulcrales se escucharon, mi corazón se oprimió tanto que tembló hasta deshacerse, el miedo penetró en mi piel como si fueran mil agujas hiriendo mi cuerpo; mi alma se quedó atónita. La voz hacía eco

en cada rincón, rebotaba sobre la materia, como si no hubiera límites que la detuvieran.

El tiempo continuó su marcha, pronto los primeros rayos atravesaron la espesura ambiental. Traté de ocultar mis miedos en una sonrisa fingida delante del espejo; pero ni así pude esconder lo que mi ser sabía, parecía escuchar esas frases de nuevo... Sin pensarlo ni una sola vez, tomé el volante y fui de regreso al lugar más solitario. La carretera fuerte y sólida me llevaba a un viaje que tal vez, retorno no tendría.

Alrededor del mediodía casi estaba llegando, la ciudad bulliciosa e intranquila se consagraba en su majestuosa belleza. Calle tras calle, bajo los semáforos seguí conduciendo admirando el insólito paisaje urbano, con sus edificios y grandes avenidas; llenas de gente en su ir y venir. Mi memoria comenzó a recordar esos momentos de suma alegría entre la niñez y la enigmática juventud. Pensamientos y más pensamientos cruzaron por mi cabeza — ¿sería correcto regresar? — no lo sabía, hasta estar delante de las rejas otra vez, en el sitio donde fue probada mi fuerza.

JUEVES 8 de abril

Querida amiga:

El tiempo pasa tan rápido, mi enfermedad avanza a pasos agigantados, creo que moriré pronto, no tengo legados que dejar. Cuando la tierra cubra mi ataúd, mi

cuerpo regresará al polvo de donde nació, no surgirá más una oración de mis labios, mis ojos se cerraran, Dios me acogerá en su seno, desapareceré en el olvido, no volveré a ver el azul del cielo ni a cantarle a la madre naturaleza. Falleceré para aliviar este dolor que me consume día a día ¡Adiós! Gracias por ser mi amiga, por estar siempre a mi lado.

Atentamente Sidney.

Sigue pensando en él, ha pasado tiempo y la desesperación, no es posible controlarla. Desea sentir su piel, sonreír al oír su voz. Cuando ve pasar a alguien no puede pensar en sustituirlo. Su mente está en blanco. ¡Cuánto sufrimiento!

Ver cómo sus ilusiones murieron ese día en que descubrió el engaño; primero una dulce esperanza, luego la eterna indiferencia y al final un espantoso desengaño vuelve una y otra vez al pasado, para preguntarse el porqué de este fracaso. Ha llorado mil veces en silencio. Intentando restaurar sus sentimientos, pero el desencanto fue muy duro; una vez se topó con un hombre lleno de madurez, encantador y con pocos aires de galán — un tanto esperanzador—

Se olvidó de él y más tarde, encontró a otro con carisma alegre y jovial; lleno de vida, sin embargo ella lo arrojó lejos. Se acuerda de ese día junto al mar, la suave arena acariciaba sus pies, las olas coronando el bellísimo verde del océano y ellos tomados de la mano besándose, muriendo de amor mil veces, eso sintió al despedirse. El cielo más negro fue el escenario, no regresó nunca más desde entonces. Ahora es tarde, encontró a otro imperfectamente divino, temiendo más que nunca.

Amar es un sueño; como querer resurgir. Se preocupa por lo que dirán los demás, tiene miedo.

Sus palabras se perdieron en brumas del tiempo, desapareció su imagen, el absurdo de esta época espera el futuro que no aparecerá, salen muchas figuras llevando una vida que no pertenece al corazón. Cada lágrima brota de su interior, la dulzura se fue; es la miel de la tristeza con sabor a sal.

Llovía; cada gota se juntaba hasta reunir un mar de agua. Sus pensamientos iban y venían;

mientras un débil rayo de sol hacía acto de presencia. Por la escalera subía el ama de llaves con el servicio de té, esas raras hojas traídas desde la India, las que le hacían recordar una época en que era fugitiva; huyó a China y de ahí a la India, sitio en el que conoció esa mezcla que le calmaba los nervios y la ayudaba a pensar; sabía que nada estaba bien temía que la encontraran y le hicieran daño. Pasó mucho antes del último viaje. Una tierra en la que se olvidaría todo. Al amanecer partió el barco: un enorme crucero lleno de aventuras inimaginables, el mar y el sacudir de las olas renovaron su ilusión...

Puedo sentir tus manos sobre mi corazón y tus labios en mis oídos, susurrando declaraciones de amor. Desde que tú estás a mi lado, nada me falta. Las noches a solas; mis ojos solo están vigilando, esperando tu llegada.

— Escúchalos — murmuran...

Era uno de esos días en los que lo intrigante está a la orden, me daba cuenta lo difícil de la profesión. Entré a la escena del crimen — como siempre — con la frialdad con la que tenemos

que trabajar, Matt recogía evidencia, mientras yo observaba cuidadosamente todos los objetos que ahí se encontraban. Había un candelabro de cristal roto, parece que esa fue el arma del asesino. También había un revolver; pero no fue disparado, tal vez iba a ser usado por la víctima. El espejo del baño estaba quebrado y sobre el piso; manchas de sangre. El cuerpo estaba sobre la cama y presentaba heridas en la cabeza. Terminado todo, el forense hizo su trabajo y fue trasladado el cuerpo a la morgue. Matt y yo subimos al auto y nos retiramos. No era la primera vez que veíamos cadáveres en ese estado. Al otro día, preparamos nuestro informe: Mujer de treinta y dos años murió asesinada por la madrugada del día cinco, presentando fracturas en la parte superior del cráneo así como un brazo roto y pequeñas heridas en la espalda...

Así comencé; el jefe nos puso a cargo de la investigación, era un caso difícil, pero no teníamos muchas pistas: el candelabro y el revólver sólo tenían las huellas de la asesinada y la sangre pertenecía a ella, volvimos al punto

cero. Ninguno de los vecinos vio ni escuchó nada. El homicida desapareció como fantasma.

Todo era así, una nación que surgió de la ceniza, del polvo y el viento; una sociedad que emerge desde las profundidades de un lago, la civilización que desea luchar por su supervivencia, un pueblo que lo arriesga todo para que su extinción no sea tan próxima, para que sus herederos sean personas de bien. Sus padres dan voces al cielo pidiendo un futuro seguro.

Como quisiera haber podido conocerte, admirarte de cerca, sentir tu ser. Sé que en tu corazón escondes muchos secretos, me lo gritan tus palabras. Le cantas al amor, a las mujeres, al despecho; yo en cambio, le canto a Dios y a la belleza de la vida. Pintas un mundo hostil y desdeñoso, ocultas tu sensibilidad detrás de una cortina de versos, rimas, ritmos y musicalidad, aunque me llevas muchos años de ventaja; puedo entenderte, pues hablamos el mismo idioma, sé que eres muy apasionado y que el amor te marcó severamente, tal vez tuviste un mal romance. También pienso que eres optimista, con sólo leer unas líneas tuyas me doy cuenta de que eres una

persona como todas las demás, solo que tienes un don especial, con el que se nace y se aprecia el mundo de otra forma.

Salí anoche, la luna estaba en el centro del cielo, me encaminé por el sendero cubierto por la resolana nocturna, el aire enrarecido y tibio hacía mover suavemente las hojas, el manto de la oscuridad ocultaba las diminutas flores que aún dormidas dejaban volar su perfume.

Las centinelas del cielo observaban los objetos animados, las aves de la noche surcaban las nubes con sus plumas grises y siluetas espeluznantes. La hora convenida se acercaba los insectos comenzaban su acostumbrado concierto y el animal más sabio del bosque, era la primera voz, las sombras me seguían; las tinieblas surgieron y mostraron su figura, pronto me rodearon, me atraparon en su magia. Caminé entre ella, guiada por el instinto de saber a dónde iba. Bajo el cedro más alto esperé. Cada instante era eterno, dudas me asaltaron; rompieron el silencio los cascos de un caballo, interrumpieron mi pensamiento. Mis sentidos alerta tuvieron la necesidad de huir; la jauría me sintió, ante el terror busqué un refugio que me albergase. Allí estaba erguida una enorme cruz, sin titubeos corrí hacia ella, oculta entre los sepulcros escuché la tan anhelada calma. Me encontraba bien, nadie buscaría en aquel lugar, las ánimas en pena me protegían, con sus rostros sin vida: ahuyentarían a cualquiera.

El horizonte teñido de diamantes; y la media luna daba el último reflejo, escribía mi línea a la luz de ese candelabro, pasaba la media noche, el insomnio se apoderó de mí, en el florero yacían las gardenias que corté. Caminé hacia la infinita escalera, buscando la puerta de mi habitación, salí al balcón, saludé al cielo y al aire libre, entregué a la noche una serenata con las notas de mi violín; al compás del suave viento, bailó el cielo.

La vida es uno de los más hermosos regalos que Dios nos ha dado; vamos por ella muchas veces sin pensar el ¿por qué? sólo sabemos que debe ser así.

Aquel ramo de rosas descansaba sobre un enorme florero, mientras el rayo solar atravesaba la ligera capa de *olán*, afuera el aire del otoño anunciaba la estación del año. El cielo no dibujaba una sola nube, mi jardín se prepara para recibir el frío, las últimas flores, se apresuran a salir para embellecer el encanto del día; el pasto aún verde, acojina las suelas de mis zapatos, la calle es la misma que luce todas sus casas y vergeles. El auto casi no se escucha, voy

conduciendo, dejando la gran ciudad atrás; olvidando el ruido y la monotonía. Visitaré la hacienda que una vez se cubrió de gloria, una dicha en el pasado: ahora es una ruina más que cuenta la historia, los grandes salones donde se celebraban fiestas y reuniones, están casi por caerse, condenados a desaparecer; me entristezco cuando pienso en lo que le sucederá...

Bajé del trasatlántico y di una vista a mi nuevo hogar, una playa se extendía, inmensa y llena de azul, no pude, caí desvanecida; horas después en el piso de una choza estaba recostada, rodeada de máscaras y artículos de brujería, afuera los aldeanos realizaban una danza en honor a la lluvia, la curandera cuidaba de mí — una señora gorda de piel negra experta en las artes ocultas— Metí mis pies en el mar las olas me hicieron cosquillas, el nuevo día me sonrió.

Paseaba con ese algo atravesado en mi interior; conté las veces que respiraba, mientras buscaba la muerte. Mi fiel amigo trotando a paso veloz me llevó lejos; no paramos hasta recorrer grandes distancias. No llovía sólo unas nubes negras interrumpían la gracia del sol errante: escondida y huyendo del demonio. Volví a casa, donde nació mi desgracia la puerta a medio abrir me invitó a pasar, adentro todo igual, mi madre estaba ahí, junto a un fuego apagado...

La selva hace ruidos, las plantas conversan he tratado de encontrar una cura para mi dolor, no me resigno.

He vuelto, fui a dar un paseo; Giovana y Arthur se divierten revisando huesos de animales, les interesa cómo funcionan: ¿A un abogado, le gustan cosas de anatomía? La sala envuelve mi descanso, las hojas pasean viajan por el clima, no pensaré más. Las últimas hierbas abren sus rostros y con escasos rasgos de alegría ligeramente sonrían.

En cada época, existieron normas y cientos de reglas para vivir; la historia comienza allá en los tiempos anteriores a la revolución, momentos en que la paciencia se había acabado.

En la finca de Santa Lucía vivía doña Remedios Miranda Ortega, mujer viuda, cuyo objetivo era casar bien a sus hijos. Los días para la familia consistían en rezar, tomar té y vigilar negocios. Monótona vida a quien no tiene aspiraciones de nada. El día...

- ¡Que así no iba la historia!
- ¡A ti no te importa! yo la cuento como me la sé. —Disculpen, pero me acaban de interrumpir— como hay gente metiche— bueno como iba diciendo— el 15 de enero

de 1906 doña Remedios recibió una carta de la prima Eloísa quien solicitaba la fuera a ver, como no tenía nada que hacer, se puso en marcha a la península de Yucatán— lugar donde residía la prima— Pero antes la señora, dejó todo a cargo de su hijo mayor Jorge; el dinero estaba en buenas manos. Cuatro damas y un jovencito frente a la vegetación —todo verde— centenares de voces cantando. Por el estrecho camino entre hierbas, avanzaba un rústico coche hacía la mansión, en medio de la jungla. Al llegar, Eloísa los recibió entre abrazos y besos que llovieron por todas partes, mientras las chicas iban de paseo, Remedios intentaba averiguar el porqué del llamado.

- Tú mi querida amiga, eres la persona en quien más confío; voy a contarte el más absurdo secreto, un problema que me aqueja y puede destruirme.

La situación era que su hija menor conoció a un campesino, un hombre que la había conquistado y con el que estaba encaprichada.

- Que no era un campesino, ¡Era minero!
- ¿Me quieres matar? me estás poniendo en ridículo ¿no ves que estoy contando? ¿Qué van a pensar las personas?
- ¡Pero así no va!
- Ignacia, hazme favor de dejarme contar en paz, mejor ponte a hacer algo constructivo.
- Perdón, pero es que esta mujer es la impertinencia en persona. Como les iba diciendo, desde que ese fulano apareció en la vida de Enriqueta, ella se volvió muy rebelde y no dejaba que la reprendieran.

Suceso tras suceso Eloísa relata el temor que siente ante la amenaza de que su hija se case con Adrián.

Por la noche Remedios recuerda aquel acontecimiento que la marcó—hacían treinta y cinco años, ella vivía con sus padres—

Allá en la colina se asoma esa flor llena de color y vida, roja como el sol, sus pupilas la ven desde la ventana; al atardecer cuando el cielo se torna carmesí, ella luce su silueta en la prematura oscuridad. Al morir deja el legado de belleza a sus hermanas, que sin la menor tardanza derraman toda su hermosura sobre el macetero. Al tender el invierno su manto; el frío arrulla

las margaritas y las envía a dormir. Al llegar la primavera despiertan nuevamente, retoños surgen por doquier, crecen ramas y botones por toda la noble planta y vuelven a brillar las flores de cristal.

- ¡Mamá ven a comer!
- ¡Ya voy hijo!

La cena era un succulento faisán acompañado de langosta y vino de uvas, don Alberto contaba a los comensales sobre los viajes al vecino país del norte.

- La ciudad de New York posee una gran variedad de edificaciones impresionantes, uno de ellos es el *Teatro de la Gran Manzana*, en él se representan obras de los más celebres escritores como *Allan Dexter*. También hay centenares de museos, en uno de ellos vi una de las coronas que usó un rey de Inglaterra...
- Es muy interesante tu conversación tío, pero cuéntanos más
- Bueno, también visité Alabama es un sitio muy hermoso

La comida estuvo muy animada pero las dos señoras sólo se veían con suma seriedad.

Dos inolvidables semanas tuvieron Catalina, Cristina, Marian y Ernesto; sin embargo tuvieron que regresar, no sin antes hacer prometer al tío Alberto que algún día los llevaría en alguno de sus futuros viajes.

Enriqueta tuvo que acompañarlos, pues su madre así lo ordenaba; y por el respeto que le tenía a su padre, obedeció. En Santa Lucía el tiempo se pasaba tan aburrido, todo era tan simple que no se toleraba.

Meses más tarde la señora de la casa casi se muere de felicidad, porque logró exitosamente arreglar el matrimonio de su hijo mayor con Erendida de la Rosa y Corcuera. Echaron la casa por la ventana, mandaron a hacer un banquete para quinientas personas, y muchos ajuares para todos hasta para los sirvientes. Los esponsales se realizaron como se planeó: todo a la perfección. En la selva yucateca...

— Aquí viene doña Malena, ella si conoce la historia como fue.

- ¡Es el colmo! Voy a la mitad de la narración y tú me vuelves a interrumpir.
- Pero la estás contando mal.
- Bien, me rindo pláticales como a ti se te dé la gana, vieja *encajosa*.
- ¡Qué mal humor tiene! a ver doña ‘Male’ relate como fue en verdad.
- Pues verán ustedes señores yo desciendo de la familia de la Rosa y por eso conozco la verdadera versión y no era en la selva sino en el desierto de Sonora, por cierto la tierra de mi marido— dijo doña ‘Male’.

El calor era insoportable casi se sofocaban, trabajaban en una mina de sal, haciendo el trabajo que ni las bestias aguantaban, cargaban bultos tan pesados que la cintura se les deshacía. Adrián tuvo que irse a trabajar tan lejos porque lo intentaron matar, seguramente fue doña Eloísa. Él tenía el compromiso de mantener a su *madrecita* y hermanos pues desde que faltó su padre, él se convirtió en el hombre de la casa. Por las noches pensaba en Enriqueta, ese amor que casi lo mataba, él sabía que ella lo quería pero la diferencia social era enorme, esa familia

millonaria no lo aceptaría por no tener en que *caerse muerto*.

Las muchachas bordaban sentadas en el comedor de la cocina, Josefina cocinaba un caldo de res con la sazón que sólo ella conocía, Ernesto tocaba el piano en la sala, lo hacía tan mal, que las cosas rechinaban con desesperación, como si quisieran huir. La esposa de Jorge “estaba ya de *encargo*” y las cuñadas contentas encargaron ropitas de Francia. La triste joven lloraba por dentro, sus ilusiones estaban acabadas, no encontraba esperanza, pensó preguntarle a su tía por qué no podía casarse con el hombre que amaba.

- Tía quiero saber: ¿por qué no puedo ser feliz con Adrián?
- ¡Cállate! no vuelvas a decirlo, tú eres tan inocente que piensas que un hombre como ese te merece y para que no te quedes con la duda te aclararé las cosas. Tu madre y yo somos primas, nuestros padres eran hermanos, nuestros abuelos tenían mucho dinero y por eso nosotras somos de la clase social alta. Tu naciste con mucho lujo rodeada de cosas bonitas, ropa fina y

muchos sirvientes, en cambio ese muchacho nació sin nada; imagínate que te casas con él, la forma de vida que llevas no sería la misma, él no podría comprarte vestidos bonitos ni una casa decente, no podrías comer bien.

- Pero tía ¿si él tuviera dinero si me podría casar?
- Claro que sí, con dinero compras hasta el cielo.
- Enriqueta tuvo una idea, como su amor no tenía billetes, ella se encargaría de conseguirlos; pensó en hacer una inversión. No tenía efectivo solo unas cuantas joyas; las cuales vendería si era necesario. Pasó un tiempo antes de saber cómo haría una fortuna.

"Aquella morena roba el aliento: una mujer de verdad."

Todo hombre soltero o casado la deseaba, y cómo no, si la trenza se le movía mágicamente y sus ojos acariciaban con la mirada.

Los mineros trataban de conquistarla. La joven tenía unos padres muy celosos que no la descuidaban ni un segundo.

Adrián se fijó en ella olvidándose de la aristócrata belleza. En muy poco tiempo se fueron al altar a jurarse amor eterno.

Enriqueta descubrió que en África, se encontraba el negocio del momento: las minas de diamantes. Vendió las alhajas, se escapó de Santa Lucía y se fue al continente negro. Las familias de Remedios y Eloísa se volvieron locas; casi se infarta don Alberto. Nadie supo en dónde podría estar ni el porqué de esa decisión.

El *terruño* lucía tan diferente, lleno de personas de color sin embargo hermoso como si fuera el paraíso mismo. Con la ilusión de encontrar una fortuna, convidó a los que ayudaron a buscar los diamantes; y en un segundo, aprendió el idioma. Encontraron en cuevas rocas sin valor.

Pasaron unos meses y nada: comenzó a decepcionarse. En casa todos pactaron no volver

a mencionarla, la mamá no quiso que la buscaran, pensaron que se había escapado con el minero. Un año, dos, tres, se fueron, doña Remedios, casó a dos de sus hijas con acaudalados industriales y planeaba seguir colocando bien a su familia.

Siguió examinando piedras sin perder ni una de vista. Conoció a Alis Fraiser, hija del dueño de una mina, le contó que vivía en Inglaterra y estaba de vacaciones, por supuesto que quería saber más, la simpática jovencita le explicó todo, detalle a detalle; desde el cómo se extraían las piedras preciosas. Por fin Enriqueta vio un diamante, las gemas más hermosas, entre las dos sacaron todos los que pudieron, los depositaron en cajitas de madera y los lavaron para quitarles el polvo.

- ¿Qué sigue?
- Tenemos que pulirlos y darles forma, después los llevamos a Europa.
- ¿Qué te parece si yo los hago y después dividimos las ganancias?

— Perfecto, mi papá me da permiso de sacar los que yo quiera —Seguía relatando doña *'Male'*.

Dar forma a los diamantes no es una tarea fácil, sobre todo cuando se trata de hacer joyas, estuvieron limando las orillas de uno y lo delinearón —tan hermosos, llenos de brillo—

Así pasaron siete meses y se pulieron cien piezas, estaba nerviosa, acompañaría a Alis a Alemania, donde el pago por su trabajo le sería entregado.

Partieron en el tren y después de un largo recorrido llegaron. El padre de Alis era aún muy apuesto, además era viudo y no vaciló en lanzarle uno que otro galanteo a Enriqueta, quien ni siquiera le hizo caso, el dinero le comió los sesos. Ya en Alemania con los contactos de Henry hicieron el trato, vendieron todo y la anhelada fortuna, estuvo entre sus manos; unas sencillas lágrimas se deslizaron sobre las mejillas cubiertas de afeites, la felicidad era incontenible, el sueño dorado que perseguía se convertiría en realidad.

Volvería a América a dar la buena noticia a Adrián, el barco que la devolvía era más bonito que el otro que la llevó a África, el océano abría las olas acortando la distancia; para retornar pronto a su cansada viajera—

- Voló a la península.
- ¿Segura que así iba?
- Claro que sí Ignacia, así es.
- Como que yo recuerdo que la muchacha nunca volvió.
- Esa es otra leyenda aparte.

— ¿Segura que sí doña '*Male*'? —

- Muy, muy segura, mira mejor deja de molestar y vete a la cocina a preparar un café para los señores, ¡ándale! Deberán perdonar a esta mujer, pero es que le encanta interferir— dijo doña *Male* sonrojada, como iba diciendo...

En Yucatán buscó al amor de su vida, cuando llegó a la humilde casa tocó a la puerta y abrió una mujer joven:

- Disculpe señorita ¿se encuentra Adrián?
- Mi esposo se fue a trabajar, regresa hasta en la noche.
- Perdone ¿dijo usted que era su marido?
- Si *señito*, nos casamos hace cuatro años.

Sin decir nada se alejó. Una pesadilla se formó, no estaba dormida ni en un mundo irreal; por ese hombre ella rompió las reglas, se aventuró en un continente lejano y desconocido, por él buscó en las entrañas de la tierra los diamantes; los trabajó, los vendió y ganó mucho dinero, para regresar y casarse, ¡qué fraude! Partirse la espalda cuatro años para que no valiera la pena. Caminó sin rumbo, y sin saberlo llegó a la vieja mansión, entró: no cambió en nada, Eloísa la vio con espanto, abrazó el regazo de su madre. Y dijo:

- Tenías razón...

Hablaron durante horas, le contó todo lo que hizo para conseguir la fortuna, sin saberlo halló en mamá el consuelo que necesitaba. Fue con su padre de regreso a buscar más diamantes y la distracción que solicitaba. Encontró la felicidad sobre un árbol; se casó con un alpinista sueco fue muy dichosa, continuó la eterna cacería de gemas, tuvo cuatro hijos, se dice que nunca más lloró; viajó por todo el mundo, encontrando las piedras más raras y preciosas para añadirlas a la colección. Esa es la auténtica historia.

- Ya saben señores, cuando quieran saber algo vengan conmigo.
- Pero Ignacia tú no hiciste nada más, que decir tonterías.
- No se queje Doña si no fuera por mí, no sabrían la verdad, menos mal que me fijé que la cosa no iba así.
- Bueno, los caballeros tienen prisa, adiós, hasta luego.

Se derrumbó hasta no poder soportar la vida. Su familia ignorante a su dolor, acudieron a la celebración, obligando a nuestra infortunada joven a asistir a ese calvario. Los esposos

sonreían satisfechos y felices toda una fiesta aconteció ese día. Llegó el invierno con el frío más intenso que se hubiese sentido, sus lágrimas se congelaron, el corazón se le rompió en mil pedazos, el balcón de la fe, cubierto de nieve, miraba pasar a las alegres parejas de tiernos novios que paseaban por los luminosos y helados tiempos. Sin plantas lucía el triste jardín; el llanto lo regaba a diario.

Llegó la primavera, el aire suave y tibio soplaba; las aves cantaban. Una mañana común, que radiaba con todo el brillo del astro rey, encontró una rosa blanca sencilla, a medio abrir, la llevó a su rostro y percibió el aroma del amor, por primera vez en algún tiempo, se sintió feliz.

Después del amanecer en el mismo sitio, cada semana estaba la flor blanca, resucitó su vida, no lloró más; la ilusión retornó. Todas las noches caminaba de un lado a otro, pensando cómo sería su enamorado, si sería un chico guapo y elegante, poseía tantas ganas de conocerlo, su semblante recobró la lindura juvenil, desterrada desde hacía mucho, su voz tenía esa dulzura

encantadora que conquistaba. Decidió escribir una carta y dejarla al anochecer.

No conozco tu rostro ni cuál es tu nombre, jamás he escuchado tus palabras ni he visto tus ojos, sólo sé que me has hecho feliz, fuiste la cura para mi infelicidad; puedo decirte que no importa quién seas, te amo como nunca.

No hubo respuesta ni flores, aquello fue como si mil puñales se atravesaran por todas partes, cientos de pensamientos la invadieron ¿qué pasaría? Temía que el galán hubiera encontrado a otra, se destruyó de nuevo; pensó que el amor escapaba de su lado, moría a cada instante, aún después de largas semanas.

Encontró un velo de seda—de los que usan las mujeres musulmanas— en medio una violeta y la pequeña nota que decía:

“Amarte es un pecado, pero mi corazón no obedece las normas del destino, tu nombre está escrito en el libro de mi vida.”

Clamó agradecimiento al cielo, flores de todos los aromas fueron sellando el romance de dos rostros que no se conocían, cartas con el perfume del cariño se intercambiaron.

— ¿Y qué pasó?

Ella se convirtió al Islam se casaron y fue la primera esposa, vivieron felices agradeciendo el haberse conocido.

La tristeza y la desolación, eran cada vez más frecuentes. Anoche lo volví a encontrar en mis sueños, pero era alguien diferente, vino a mí; levanté el vuelo con las alas llenas de color, al verlo dudé. Me marché comprendiendo que no era verdad. Anduve y anduve hasta que llegó el cálido verano, volando entre las nubes; visitando a muchos —pero ninguno se le asemejaba— primaveras vinieron, una tras otra; bajé y descansando sobre un encino —abajo se encontraba uno— lindo rodeado de brillo, fui hacia él y lo contemplé largo rato, era asombroso estar frente a frente.

Con alegría me eleve a los cielos, al volver lo encontré marchito y sin vida, comprendí que era una mentira, él jamás se apartaría, estaba encadenada a su hechizo, prisionera por toda la eternidad —sin que me dirigiera sus bellos ojos— volé desesperada buscando miles, pero ni todos

juntos lo podrían superar. Quedé vacía: drenada. Me convertí en una oscuridad, en la sombra nocturna que canta con búhos y lechuzas, rodeada de muros negros, encerrada en mi propia jaula.

Mis penas, dices que son las tuyas; pero yo tengo una muy grande, no sé ni cómo ni cuándo lo olvidaré, desde el amanecer hasta el anochecer no dejo de pensar en él ¿Cuándo podré borrar ese recuerdo? quien lo sabe es Dios. La angustia me está matando, la tristeza me lleva, ¿Qué voy a hacer sin él?

Está tan distante, esto que llevo en mi alma es algo prohibido, una ley quebrantada, una traición. Las tinieblas me rodean la luz se va de mí, voy en una senda sin rumbo, en una laguna sin agua, soy una mariposa sin alas; mi esencia se ha ido. La vida se exhala cada segundo, el cielo es gris, mi selva desierto; y el ser sin nada.

Tengo que amar en silencio, sin decir una sola palabra, sin contarlo, por eso quiero irme, para que no me encuentren nunca. Quisiera olvidar un

pasado que me atormenta, deseo cubrir el abismo en el que me hundo.

He leído tantas cosas, algunas no logro entender. Un estilo totalmente diferente, no se comprende — muy raro— lleno de pasajes, sin ninguna lógica, ni estructura. Pensaba en el caso — no tengo nada— Recibí un correo muy extraño, me invitan a encontrarme con una vidente, tal vez vaya no pierdo nada.

A la soledad del campo, encontré esa *casucha*, según las instrucciones debo caminar doscientos pasos — si no estoy buscando un tesoro— descubrí a esa persona, me pidió que no me acercara mucho, olía a alcohol creo que está ebrio, no lo tomaré en cuenta, continuaré. Más adelante clavado en el suelo se encuentra un puñal con un *CD* colgado, lo tomaré y regresaré. Parezco un niño pensando que encontraría algo, me retiraré.

En la oficina revisó el mini disco, contenía imágenes de una especie de nave espacial, se sorprendió al descubrir el nombre de la víctima en la última página. Dos días después recibió otro

correo en el que le señalaban el lugar donde obtendría más información. En un viejo lote de autos, debajo del cofre de una camioneta, descubrió unos negativos con fotos de un ser extraño, parecía una película de ciencia ficción; lo raro del caso era que las cosas pertenecían a Samanta. Compartió esto con su compañero y entre los dos analizaron el material, pero una pregunta surgió ¿Quién estaba detrás de esto? como buenos policías comenzaron investigando sobre las actividades de la mujer asesinada. A ella le gustaba tomar fotos en su tiempo libre, nunca se supo que le interesaran los *OVNIS*, también supieron que una de sus amigas más íntimas se reportó como desaparecida y que su hermano menor murió en un accidente, los hechos ocurrieron antes del homicidio, revisaron muchas veces las fotografías y el disco tratando de encontrar algún dato que los orientara, se quebraron la cabeza.

Un día Matt se hallaba revisando unos archivos sobre robos y casualmente encontró una hoja donde se reportó el plagio de una computadora

perteneciente a un chico que investigaba sucesos paranormales. De inmediato fueron a buscarlo.

No estaba en casa, la abuela que cuidaba de él desde que era pequeño, les contó que se marchó de la casa sin decir nada; casualmente, era amigo de Samanta Norris, revisaron las pertenencias y encontraron una libreta de apuntes con anotaciones de un suceso extraterrestre, presuntamente él y sus amigos vieron un encuentro cercano; tomaron evidencias y lo ocultaron. Pero sobre los extraterrestres, no había más, sólo eso. Interrogaron a la abuela preguntándole si su nieto consumía drogas o se embriagaba, era un muchacho ejemplar, el mejor en la escuela; tenían pocas pistas, dedujeron que el asesinato y las desapariciones estaban relacionados.

Los aires de noviembre, me recuerdan los días llenos de melancolía; en tiempos pasados no pude sentir tanto el clima, pues ha cambiado mucho, tal vez alguna vez serán como antes, llenos de alegría, adoro las noches de luna llena, cuando está en silencio y el cielo está limpio. Las estrellas titilan en el firmamento, también las

épocas en las que ventea mucho y las puertas y ventanas parecen querer desprenderse de sus lugares, el aire gira.

Día con día vivo en el destino, soñando con el momento en que vuelva a verlo: en mi interior su imagen se quedó prendida. No sé qué tiempo fue, ni guardo en mi memoria el instante en que lo vi por primera vez; sé que me hechizó, sus ojos se quedaron conmigo, busqué entre los más añejos recuerdos los indicios del tiempo pasado, pareciera que se desmoronaron uno a uno y que tengo que recoger esos añicos que se desvanecieron en las olas del ayer. Pude escuchar una a una mis palabras, como si fueran ecos atrapados en las murallas del pasado. Mi alma no encuentra reposo, va y viene vagando; buscando la huella de sus pasos, se esconde tras un espejo de fuego. El océano de ideas no lamenta nada, en sus adentros sólo hay profundas tormentas, las nubes dejaron caer su llanto, las rocas se abrieron para recibirlo. Un vacío enorme estuvo en mí, el velo de la noche me envolvió maliciosamente, las centellas cegaron su

resplandor, el arco iris desfiguró sus colores, las aves mudaron las plumas.

Nuestro corazón puede ser un laberinto muy confuso, lleno de angustias y depresiones, quizá nunca lo escuchamos, pero todos tenemos uno— aunque a veces no parece — Él es quien manda en nuestros sentimientos, nos dicta nuestro comportamiento, algunos no lo oyen y tienen grandes conflictos; a veces nos encaprichamos y lo encontramos culpable. Él es el mejor juez, el más sabio, siempre estará para nosotros. Puede estar dividido en mil fragmentos uno para cada persona que consideramos especial, el más grande es para una alma gemela, que se encuentra perdida en algún lugar y que sólo basta que la busquemos para encontrarla.

No tardaron en descubrir una verdad nada alentadora, uno de los compañeros vio las fotos y les contó que él conocía ese lugar. Era común un *bosquecillo* de arbustos, sencillo, anduvieron a gatas, revisando milímetro a milímetro la superficie, así se estuvieron varios días, estaba limpio...

Siguieron investigando, trabajaban; resolvían casos, así se fueron diez años. El detective Jean Smith, seguía pensando en ese caso que nunca fue resuelto y que fue fichado como impune. En fin, de todo pasó.

Kevin se sentía emocionado, iría con sus amigos a pasar una noche de campamento. Prepararon los *videojuegos*, los dulces y hamburguesas. A la luz de la tarde los cinco chicos jugaban con los *Gameboy*, a la hora de la cena hicieron un concurso de quién come más rápido, Andy triunfó se rieron tanto, casi hasta desmayarse. Se fueron a dormir como a las once de la noche.

Viendo una vez más el rincón de los recuerdos , me di cuenta de lo mucho que he madurado, abrí una vez más el baúl de las memorias , flotando a mi alrededor se despidieron; regresaron a su lugar. Vi las felices y las tristes; las dulces y “saladas”, brotaron como alas de águila, se fueron lejos surcando los cielos más allá del infinito; volvieron los ojos a la tierra echándola de menos, van tras la libertad que el otro lado del mar les promete, adiós bellos recuerdos ¡vayan libres!

- Alguien está afuera, se oyen ruidos.
- ¿Seguro? debemos investigar.

Salieron con las lámparas: estaban asustados, temblaban; de pronto salió de la nada esa luz brillante — verde, azul amarilla, roja— se apreciaba una especie de objeto, como una esfera; de repente, una persona se apareció delante de ellos.

- Váyanse, no debe haber más muertes.

Gritaron aterrados y se echaron a correr. Se dispersaron en todas direcciones. Andrew llegó hasta la carretera y fue arrollado por un carro. Jaqueline y Kevin llegaron a una granja pidiendo socorro, Andy se cayó en un pozo. El comisario de la región se encargó de llamar a los padres de los niños. Se encontraban reunidos en un pueblo, pero Jim desapareció. Se intensificó la búsqueda del pequeño durante semanas sin resultados; Jean y Matt se encargaron del caso. Los jovencitos declararon que un individuo los asustó, ellos no pudieron verlo así que no dieron ninguna descripción. Durante los siguientes

meses el padre de Kevin, continuaba pensando en los casos que no resolvió.

Un día su compañero recibió un sobre con una hoja en blanco, se les hizo raro, tal vez había algo escrito, lo analizaron en laboratorio y encontraron unas palabras:

"No más víctimas, Jim está bien"

Este pequeño mensaje les recordó cuando alguien les proporcionó información sobre un caso. Dedujeron que el niño había sido secuestrado. Hicieron todo lo posible por encontrarlo. Un año después los niños se hallaron en la escuela un *DVD*, en él, su amigo les advertía que no hablaran sobre lo que vieron, que no regresaran a ese lugar y que se cuidaran mucho. Incineraron la evidencia y no hablaron más del hecho. Poco a poco las cosas se fueron normalizando.

El verano transcurría sin mayores problemas. En un diario de la localidad se disparó la noticia de un avistamiento *OVNI*, acudieron expertos de todo el mundo, revisaron el lugar y prepararon aparatos de alta tecnología con la esperanza de

captar algo. No sucedió nada, se olvidó la cosa y se fueron a casa.

Apareció frente a él, casi se muere del susto.

- Usted puede evitarlo, hace años cometió un error, no supo entender.
- ¿Quién es usted? no comprendo lo que quiere decirme.
- Por favor detective, no se haga el inocente, no quiere saberlo, los niños morirán si usted no hace...
- ¡No sé de qué habla! es usted un maniático.
- Sigue sin comprender, hablo del caso de Samanta, usted lo llevaba, al descubrir aquello firmamos nuestra sentencia, traté de que ustedes nos ayudaran. Pero no pudieron, uno a uno murieron, fueron asesinados.
- ¿Usted me envió esa información?
- Sí, ya es tarde para mí, dese prisa su hijo y sus pequeños amigos correrán nuestra suerte.
- ¿Qué debo hacer?
- Pregunte a los chicos.

Jean sintió un mareo, perdió el conocimiento, al despertar estaba en un hospital — creyó que fue un sueño— Cuando se recuperó, él y su inseparable amigo, investigaron sobre el pasado de los niños sorprendiéndose al saber que Andrew era hijo de Samanta. Fue como regresar en el tiempo; reabrieron el caso, reubicaron las pistas. Presuntamente los jóvenes que investigaron eran amigos, y se encontraron una nave de visitantes extraterrestres, los cuales venían en busca de ayuda.

Los niños volvieron al lugar, acamparon, esta vez no estaban solos, se previnieron. Esperarían mientras los detectives los vigilaban de cerca. No llegó nadie.

Dos días después comenzaron las clases, la nueva maestra de matemáticas era muy rara siempre estaba de buen humor — cosa inusual en los docentes—

Ella dejó una nota para Jaqueline: "Ayúdame"

Se quedaron confundidos pensando que se trataba de una broma, le creyeron y la buscaron ¿qué clase de ayuda necesitaba?

¿Sería para acomodar muebles? La casa era...

Tal vez nadie se interese en leer la soledad y tristeza de una joven con gran espíritu, la vida es un juego en el que se gana o se pierde, en el cual hay que pagar un precio muy alto, vivir es una ilusión que todos tienen y nadie quiere dejar escapar. Algunos viven de esperanza, vamos por un camino del bien y del mal; de abrojos y suavidad, todos codician algo, amor, dinero, felicidad, poder. Muchos creen en algo, tienen un sueño en lo profundo.

Esa soy yo, la que siempre va por la superficie terrestre; buscando una oportunidad; quien se aferra a sus ideas y no las deja ir, con una sonrisa en el rostro llena de sueños, paso frente a las cosas e imagino cómo mejorarlas, llevo trampas a donde quiera; no miento.

Si tú sufrieras como yo, entonces no sería infeliz. No sé, cuando te conocí me enamoré. Treinta y un años enteros de dolor; al mirar tus ojos dejaba

de respirar. Tu sonrisa: la música de mis oídos, escuchar tu voz era vivir de nuevo, el fino roce de tu piel enloquecía mis sentidos, la tarde en que te dije adiós, fue una horrenda despedida.

El cielo lloraba sobre mi cabeza, no deseaba aceptar la realidad, te ibas, a lo lejos en la multitud: no quería dejarte partir. Me quedé sola. Tú ni siquiera volteaste a ver, sólo te fuiste. Meses más tarde te volví a ver — no lo esperaba— esa fue la última vez, pasaste frente a mí con la eterna indiferencia, en ese momento murió mi esperanza. Hice tantas tonterías. Pasaron años y no supe de ti, en mis pesadillas te apareciste, escuché tu voz. Traté de asesinar tu recuerdo pero es inmortal, aguardaré pacientemente tu regreso... ¡no me olvides!

Un amor lejano del pasado después vino al futuro, para hacer de esta vida miserable y llena de miedo, este es un amor estéril, frío como el hielo, seco; como arenas del *Sahara*, pero en el hielo no es invierno ni las arenas son tan secas, este amor resucitará y dará grandes frutos, dejará de ser inservible: saldrá a presumir todo lo que guardaba.

La dejó sin pensar en otra cosa; aún no amanecía. Pasó una lechuza— volaba con prisa— En el ranchito, la gente se despertaba y las mujeres se apresuraban para preparar el desayuno, mientras los jornaleros partían a sus parcelas. Ella encerrada; sola, en un cuarto sin ventanas ni puerta, nada más que la pared, misma que su marido coloca cuando se va a trabajar; y quita cuando regresa.

Doña Lupe alistaba sus enceres de cocina para la hora de cenar.

- Ahora si te mueres, maldita...
- Ha de ser Leopoldino, le ha de haber pegado otra vez a su mujer; también si no se emborrachara tanto... no se merecería esas palizas. Bueno no me importa, que en fin, preocupándome nada gano. No se debe de interferir, esos son asuntos personales, mejor me doy prisa, ya va a llegar José.

El sol era incandescente, ya faltaba poco, una lomita más, unos cuantos kilómetros. En medio

de la sierra, allá en terrenos remotos; debía ir a trabajar.

— ¿Tanto esfuerzo en la escuela para ir a parar a un sitio así?

Esperaba colocarse en una buena plaza, tendría que peregrinar de lugar en lugar, atendiendo la salud de la población. Como de veinte casas se componía el pueblito, se resignó y siguió adelante; según la recomendación fue en la casa del juez — quien le daría asilo—

— Buenas tardes, busco al señor Genaro Galarza.

— No está, se fue a arreglar un asunto en las Norias.

— Supongo que usted es la esposa del señor, permítame presentarme soy el doctor Ignacio Mendoza, voy a trabajar un tiempo por aquí.

— Pues mucho gusto joven, yo me llamo Gertrudis Alonso de Galarza.

— Me dijeron que su esposo era el juez y que debería venir a entrevistarme con él.

- Qué desorientado está usted, Genaro ya no tiene ese cargo; pero pase, hace mucho calor, le daré agua de frutas.

Es fuego que quema y no convierte en ceniza, es la existencia misma; el ser, la vida, el camino en el latir del corazón. Es el oxígeno de nuestra alma, es creer sin haber visto, es mirar el cielo de mil colores. Creer que existe la esperanza; que podemos volar más allá del infinito, es la llave de la vida eterna y el soporte de la fe. La razón de nuestra existencia, la guía que dirige nuestros pasos: la esencia de Dios.

Volar era su primer deseo, se elevó más allá de las nubes para contemplar el ajeno paisaje. Sus ojos buscaron — centímetro a centímetro — sobre la vasta tierra. Agotadas las expectativas, se posó sobre una rama y allá abajo, divisó lo que tanto ansiaba encontrar.

Con la madre naturaleza por testigo, descendió y en la inmensidad declaró todo, entre suspiros volaron juntos al cielo a dar gracias al Divino Todo Poderoso.

Aullaban los coyotes, la oscuridad avanzaba, dejó de lado el peso —las cosas que llevaba— y se metió en el jacal, la muchacha tenía lista la comida. Ya amaneció; pasó una mala noche. Durmió entre pulgas. Los grillos cantaron mucho, y para colmo, no había agua para bañarse. Olvidó las calamidades y puso manos a la obra —arregló un improvisado consultorio en un tejaban de palma— Nadie se ocupó de acudir con el médico. Cualquier enfermedad; una diarrea o una simple gripe, se la curaban con el brujo. Él sólo pensaba en los ingratos que lo enviaron a ese endemoniado lugar.

Los niños barrían las calles durante el rato que sus madres preparaban la cera— Era la fiesta patronal, el señor párroco oficiaría una misa en honor a la virgen de Fátima; algunos devotos hacen penitencia bajando de rodillas desde el cerrito más cercano, otros rezan padres nuestros y aves María durante horas, hay quienes ponen milagros en las manos y pies de la Virgen según sea el caso. La danza se bailó desde el mediodía hasta el final, la principal atracción durante la

noche era la quema de la pólvora: un espectáculo de fuegos artificiales.

Salió en la madrugada; despacito vigilando de vez en cuando, que no le siguieran. Caminando en silencio llegó a la casita de su querida — silbó— después de unos minutos salió ella y se escondieron en la arboleda; gozaron de los amores, hasta que el miedo los interrumpió, se oía mucho “relajo”, una “gritería” tremenda en el pueblo, los perros comenzaron a ladrar al desconocer las voces y regresó justo a tiempo antes de que él se despertara.

Se sintió mal, creía que con el té de hierbas se curaría, pero no, el mal seguía ahí, decidió ir en busca del doctor; aunque la gente le tenía mala fe, a él no le importaba, sentía a la muerte pisándole los talones y respirando cerca de su cabeza.

El primer paciente de su carrera, y casi se le olvidaba la profesión; después de tantos meses de no contar con nadie, alguien se dejaba atender. Respiró profundamente y comenzó; el señor tenía una fuerte deshidratación, además de

una anemia severa. Terminada la consulta le dio las medicinas.

El polvo rodaba sin parar, se acumulaba en los rincones, las ramas se balanceaban de un lado a otro; como queriendo zafarse. Bajaron a paso lento, siguiendo la vereda, viendo las montañas donde las ánimas se paseaban. Siguieron su camino, hasta llegar con el arriero que los llevaría hacía el otro lado.

Los callejones albergaban a los borrachos y caminantes; solos en silencio cruzaron; pasaron desapercibidos.

Los días transcurren lentos cuando las cosas van tristes. Tal pareciera que nada tiene deseo de existir, que todo a nuestro alrededor es una fantasía que se desvanece con el paso del tiempo. Las cosas terminan, unas duran más que otras y algunas se creen eternas; nada parece ser aquí, tal pareciera que se sienten ajenas a este mundo que no quieren formar parte de él. Como si se negaran a navegar en las turbulentas aguas de la vida, quisieran olvidar y no existir más. Parece que la tierra está cansada de cuidar a su

extensa familia, los árboles y animales se sienten desterrados; saben que su hogar les fue arrebatado y que ahora tienen que huir en el exilio a tierras lejanas y extranjeras que les albergarán, hasta que la extinción los acabe. Nada vuelve a ser igual, aunque los errores se repiten una y otra vez, nunca se aprende; la decadencia va cuesta arriba...

Ronda como un fantasma, va y viene siendo sombra entre los muros, envidiando la dicha ajena, “llora en las esquinas como una Magdalena”; es un cuerpo sin alma: un zombi. Sólo el ayer conoce su dolor. Anhela escuchar su voz; estrechar sus manos; sentir el latido de su pecho. Siglos de enloquecida pasión incendiaron su aliento — lo volvieron cenizas— La soledad es su compañera. Su recuerdo, mantiene vivo el movimiento de sus venas, tiene una hermosa ilusión: volvía la razón de su existir... y aunque haya canas y arrugas, con la más absoluta fidelidad le estará esperando, derrama lágrimas de lumbre ante su sentida ausencia.

Pronto comenzó la cacería; cielo, mar y tierra fueron removidos, la jauría perseguía mis pasos, la furia hervía

en su sangre, el despecho lo envenenó. Corrió ligero el tiempo, y yo, como espíritu sin huella ni nombre, desaparecí.

- Váyase lo quieren matar, dicen que es el diablo, que trajo la desgracia.

Pisaba entre las piedras, desgarrando sus ropas entre los espinosos arbustos; cayéndose, llegando hasta el suelo, sintiendo a los *linchadores* cerca. Manteniendo su marcha hasta llegar a la casa. Estaban lejos, aún no se sentían seguros; se miraron y siguieron el camino. Contaron las aves que pasaban.

- Se va a morir de coraje.
- No importa, se lo merece.

Allá se oyen los *chismes*, rumores del presente, buscando un blanco en qué atinar. Las cigarras cantan al medio día, molestando a los que pasan.

Tanto que te seguí: hasta las llanuras te perseguía, marcando las horas que me llevas de ventaja. Preguntando a los que me encontraba si te habían visto más allá de la muerte. Seguí tu rastro. Fui al cielo a preguntar: no estabas. El infierno era tu casa.

Abrieron la puerta y sin encontrar a alguien, tocaron de nuevo, por lo que nunca contestó porque sabía quién era: un traidor.

Sentados en una banca de la iglesia platicaban.

— Era un día como este, simple, sin sabor de calidez, tú no te acuerdas: no estabas aquí. Yo era muy joven; él curó a Emilio, el brujo don Matías lo acusó de tener pacto con el diablo, que por eso podía sanar, la gente se enojó pues el viejo mañoso les hizo creer que él había hecho que cayera la granizada que acabó con todo. Eran unos hielos tan grandes como naranjas, mataron los pocos animales que tenían, las cosechas se perdieron, muchas personas se quedaron sin casa, parecía el fin del mundo.

— ¡Olía tan bien!— El pastel de calabaza se cocinaba en el horno, las galletas en la mesa, dando su aroma de canela, el café se antojaba, la cocinera pensaba lucirse; los invitados llegaron, se reían, relajándose; los postres acariciaban el paladar. Las bebidas agudizaron los sentidos. Las arañas tejen sus telas con las agujas de sus patas,

van hilando y cosiendo las hojas; el entorno va jugando con las hierbas, la lluvia se desprende regando las hojas del *techito*, sin nada en la cabeza; sentada, viendo con la mirada perdida; sentenciando la soledad.

No pudo continuar, la necesidad lo hacía desfallecer; no había comido en días, ni tampoco dormía, los captores estaban cerca, la temperatura estaba alta, casi mataba; ni siquiera un rastro de agua. Empezó a alucinar, un elefante con vestido. Se posó frente a él — pensó que sería un sueño— para después ya no pensarlo.

El *arriero* los llevó hasta el madero. Era el mismo lugar, donde sabían que el futuro aguardaba, entraron al templo a confesarse, le dijeron al padre lo que sucedió. Desde cuando la muchacha fue raptada y ese canalla la obligó a ser su mujer. Así mismo, de cómo murieron sus padres; y el joven la salvó, el sacerdote se quedó serio, les dio la santa bendición, se fueron a la casa de la tía Gertrudis —hicieron un guajolote en mole— celebraban una nueva vida.

Se preguntaron ¿por qué les pedía ayuda?, tocaron el timbre, sentían algo extraño, las puertas se abrieron, los envolvió el misterio, quedando un aliento de valor incitándolos a entrar, los niños la interrogaron.

—Ustedes son los elegidos, deberán ayudar para combatir el caos que existe, no se asusten, les explicaré: Hace doscientos años comenzó una guerra en el *planeta KBZ* los rebeldes usurparon el trono real, hicieron de mi pueblo una ruina, los tiranos nos tienen bajo un régimen de horror, matan a todo aquel que intenta oponerse, no tienen piedad; hemos buscado por el universo a personas capaces de enfrentarlos, enviamos un equipo de tres para encontrar en la Tierra a los soldados perfectos. Localizaron a seis jóvenes—tenían las características indicadas— los contactaron, pero surgió una emergencia y tuvieron que salir del planeta, los chicos aceptaron ayudar, sin embargo cuando regresaron ellos habían muerto, el único que quedó se negó a seguir; tratamos de

encontrar a más personas pero fue inútil. Una década más tarde ustedes se convirtieron en nuestra esperanza.

- ¿Para qué nos necesitan?
- Si ustedes desean colaborar vendrán a mi planeta; activarán las armas e iniciarán una nueva guerra, su valentía será nuestra libertad.

Se retiraron pensando en el problema, tal vez en ningún instante, pensaron que sus fantasías se realizarían, así que empacaron sus cosas y sin contar nada a sus padres, lo harían.

Al otro día se reportaron con la señorita Lisa; la aventura más grande de sus vidas daba inicio.

La nave era pequeña y esférica. La abordaron y empezaron a volar; en tan sólo cinco segundos perdieron de vista el mundo. Llegarían en cuatro días a *KBZ*. Las estrellas se veían tan cercanas como nunca las imaginaron, y afuera, el espacio se veía oscuro.

Llevaban setenta y seis horas viajando, cuando una nave los bombardeó, empezaron a girar demasiado rápido —el escudo se rompió—

estaban indefensos. Andrew tomó los controles haciendo las maniobras que pudo, mientras Jaquelin *contra-atacaba*. Por un “pelito” y no salen vivos, pero era pan comido para los expertos en dominar *videojuegos* —aunque ahí la cosa era real— Hicieron una pequeña escala en un asteroide para hacer las reparaciones. Kevin pensaba en su padre, seguramente lo estaba buscando hasta debajo de las piedras, sentía pena y temor, tal vez no volvería a verlo; lo iba a extrañar.

Recibieron un mensaje de la base, les indicaron ir a la luna *Zan* para el entrenamiento de los chicos, dos días más de camino les esperaban. El clima hostil albergaba el cuartel secreto de los refugiados, un edificio subterráneo los esperaba. La nave aterrizó sin dificultades: se abrió una escotilla y se introdujeron.

Los guardias se encargaron de llevarlos a las cámaras de entrenamiento, los metieron en unos tanques de vidrio con un líquido rojizo, conectándolos con cables introducidos en computadoras. Durante la estancia ellos recibirían información sobre toda clase de

combate; desde manejo de armas hasta una especie de artes marciales, se volverían muy fuertes.

El cuerpo humano, era compatible con cualquier tipo de modificación, así que los niños contarían con algunos cambios, serían más resistentes y sus tejidos se recuperarían fácilmente si eran heridos; pero aun así, no sería sencilla la misión. Durante seis meses los científicos de la luna *Zan* se encargaron de llevar a cabo el proyecto de perfeccionamiento. Cuando finalizaron, los niños despertaron, aparentemente no cambiaron; no subieron de peso, ni eran más altos, tampoco les cambió el color de la piel ni el de los ojos.

Empezaron unas pruebas para probar las habilidades, la agilidad los sorprendió, pudieron dar saltos de tres metros, cargar más peso del acostumbrado; después de unos días de hacer pruebas, estaban listos. Se pusieron trajes muy ligeros, las armas eran pequeñas pistolas con balas expansivas, hacían el mismo daño que una bomba, el mini arsenal estaba listo, las naves esféricas partieron rumbo al planeta. Debían permanecer separados y derrotar las fuerzas del

imperio, los cuatro jovencitos llegaron al lugar, a lo lejos se veían los androides vigilando, comenzaron mezclándose entre los ciudadanos — era como si su película favorita cobrara vida— sin preocuparse, dieron comienzo a la aventura más riesgosa que pudieran haber experimentado.

Se introdujeron cada uno por su lado en el castillo del tirano, buscaron a los soldados liquidándolos con una poca de dificultad, fueron detectados por las alarmas; los trataron de acorralar pero a los campeones en combates virtuales no se les gana. Anteriormente elaboraron un plan para vencer, colocaron las mini bombas cada doce metros, sincronizándolas para que explotaran al mismo tiempo; el lugar se hizo pedazos, ellos lanzaron los *micro-mísiles* destruyendo a su paso todo lo que se movía.

La batalla fue muy exhaustiva, tuvieron que pelear cuerpo a cuerpo con los soldados, disparar las armas, luchar también con los *bio-androides* diseñados en laboratorio para la pelea, siendo estos los rivales más complicados. Después de un gran combate, ganaron, el ejército auxiliar entró para acabar con lo que sobró del encuentro.

Levantaron los brazos y bailaron, la victoria fue muy merecida para los pequeños. Después de terminar este episodio, se dedicaron a ser héroes viajando por todas partes del universo, según ellos prestando auxilio a quien lo solicitara.

El amor no toca puertas, sólo corazones, así escribía tristemente una carta Marggie para su amiga Lucy; su esposo había ido a la guerra y no sabía nada de él, a quien fuera preguntaba, no le daban respuesta, pasó el tiempo; días, meses, años hasta que finalizó el conflicto. Los que sobrevivieron regresaron a casa. Ella al ver que su amado no volvió, dejó todo de lado y se fue a refugiar a un convento, un día él llegó. Volvieron a estar juntos, nunca más se separaron.

Es un cuento de hadas, la vida no es así, cuando alguien se va es para siempre no vuelve, así que no hay motivos para pensar en tonterías, cuando eres pequeño sabes que el mundo no te derriba, cuando creces te acaba.

A lo lejos percibo su silueta, ya puedo sentir sus pasos, mis ojos brillan y salgo por la puerta a recibirlo, pronto descubro cuál es su estado de

ánimo, al estar de buen humor me regala su mejor sonrisa, cuando está enfadado todo le molesta. Sus gracias reflejan el buen espíritu que posee; odio ver cuando llora y sobre todo cuando nada logra contentarlo, se llena de alegría al ver un balón e inmediatamente se pone a jugar. Es el símbolo de la eterna inocencia, su pureza no tiene límites, como todo un caballero al saludarme deposita un tierno beso en mi mano. Nunca olvidaré la primera vez que lo tuve en mis brazos dándome esa luz.

Volaban, la lluvia las hizo retirarse, formaban figuras aéreas llenas de la sutileza de las aves, no rechazaron la invitación de retozar en los aires, sin titubeos hicieron pirámides entre las nubes: gozaron el cielo.

El relojero se dirigió al convento—a rezar por la familia— de regreso encontró a un hombre colgado en el árbol, se asustó, corrió a dar parte a las autoridades; los llevó a la escena del crimen. Resultó que el difunto murió una semana antes siendo enterrado en el panteón, pero obviamente alguien lo había exhumado.

La Hermana contemplaba la noche mientras rezaba el acostumbrado rosario, en eso estaba cuando oyó que tocaban la puerta, creyó que serían las demás religiosas, abrió y se encontró con un hombre que la tomó del cuello, la amenazó diciéndole que no gritara, en seguida le dio una bolsa y le dijo que la recogería a la noche siguiente; cuando ella se repuso, el sujeto ya no estaba, avisó el suceso a la Madre Superiora; decidieron investigar el contenido del saquito; al ver aquello gritaron horrorizadas.

La danza comenzó, raras coreografías se mostraban, la mulata arrojó en las llamas un conjuro que vengaría a la raza que fue maltratada por los salvajes de piel blanca, el que pasara por ahí no podía evitar *persignarse* de pies a cabeza. Por la noche hasta antes del amanecer, se fabricaban brujerías; se entraba en una especie de *trance*, hablando en misteriosas lenguas.

El gallo cantó en la ventana, despertando a la dueña, era la una de la mañana, aquello le dio mala espina, era un mal augurio, se levantó quedándose despierta hasta el otro día. La mulata la visitó llevándole algo a lo que le llaman:

“la curación de arañas”, que consiste en un ungüento que se aplica en las piernas para combatir las reumas.

Entró de pronto el joyero quien le llevaba un collar que ella le encargó reparar, la mucama les sirvió un té; en eso el joven les cuenta que las monjas exorcizaron el convento porque se introdujo el diablo a profanar la santidad del recinto.

Pasó un señor diciendo que una muy mala enfermedad, azotaba la ciudad, y que se prohibía estrictamente a la gente, salir de su casa, pues daba inicio la cuarentena, por lo que una señora les rogó que se quedaran con ella, para que le hicieran compañía, de todas formas no podrían salir porque afuera corrían el riesgo de contagiarse. Pasaron ratos agradables jugando cartas, apostando “de mentiras” y bebiendo vino. Así se pasaron dos semanas, hasta que un día se presentó una mujer, retándolos a una partida en la que se jugarían lo más valioso, mismo que por supuesto, no aceptaron.

Ya finalizada la cuarentena, pudieron salir de casa y continuaron con su vida rutinaria. De pronto una niña apareció en la calle gritando: decía que la gente se moriría si no hacían caso de la advertencia — casi nadie prestó atención a tal escándalo— uno que otro se interesó y le preguntaban: qué pasaba; la jovencita les decía que lloverían troncos y cerdos si la ciudad no perdía la mala costumbre de jugar, los oyentes se carcajaban insinuando que eso era la bobería más grande que hubieran escuchado. Los rayos se desprendieron del cielo cayendo sin piedad, los ciudadanos se prevenían; la tormenta arreciaba, pero no hubo agua de pronto un cerdito cayó dando un feroz azote en el suelo, en seguida un tronco y así hasta que no hubo lugar en dónde cayeran más, pues la tormenta no cesó; cada temporada se desprendían cestos de basura, vacas, pintura, lentes, etc.

Las personas se acostumbraron a la oleada de artículos, como llovían tantas cosas decidieron venderlas y con las ganancias fundaron muchos casinos. Se veían unas urracas sobre los *pirules*; paradas y sin cantar nada, nomás mirando a los

paseantes. Unos pasaban de prisa y otros despacio —lo habitual— Las palomas modelaban la figura que cuidaban bajo dietas de rosetas y pan; los colibríes no permitían que algún ladrón les hurtara su miel — cada uno lo suyo— Las hierbas inmóviles sin sensación de cuidar algo, dormían; se despertaban cuando un chiquillo travieso les arrancaba una parte.

Solían coleccionar hilos, las prendas que no utilizaban las deshebraban, cortaban un hilacho y lo añadían. También les gustaban las pelusas, sólo que eran más difíciles. Los ositos de peluche les agradaban mucho, los conejos de castilla no, porque comen demasiado.

Continuamente salían a cazar muñecos, les preocupaba no tener suficientes días para explorar las colinas en busca de saltamontes; aunque cazaban grillos, los liberaban por ser tan ruidosos; tejían canastas de cebada y trigo para después dorarlas en mantequilla y comerlas con mayonesa de pasto. Tenían un jardín de malvas sin hojas — florecían una vez al año—

Sin conseguir nada más que aceitunas daban una fiesta, los invitados tomaban refresco de sal, no se ocupaban de lavar los trastes, los tiraban por la ventana hasta que tuvieron que quitarlos con maquinaria pesada, pasaban frente a la tienda dando unas palmadas en la pared, tocaban música con una botella de cerveza y una lata de tomates, sin ningún cuidado jugaban tenis con una pelota de vidrio, que una vez en el suelo, se quebraba y finalizaba el partido, escribían sobre papel aluminio con cuidado de no romperlo, se ocultaban debajo de las sillas para evadir los impuestos; pensaron que la tierra era triangular y enviaron una licuadora a investigar. Los resultados indiscutibles, eran al revés. Paseaban en un gato gigante que recorría en unos instantes el vecindario, para cansarse en seguida después de pasar la primera cuadra. Dormían en la mesa y comían en la sala, recibían las visitas en el cuarto de costura, guardaban el dinero en la azucarera; el café lo tomaban con bizcochos de marca. La sopa de algodón la comían a la media noche. No olvidaban ser los muchachos y muchachas.

No veíamos nada, ni la punta de nuestra nariz, la niebla es tan cerrada: llegaremos algún día... La hacienda se divisaba en un claro de la vista; no pensamos que estuviera tan cerca, tratamos de alcanzarla, pero estaba cada vez más distante, parecía avanzar a velocidad imponente, porque corrimos y después; ya no vimos nada, nos perdimos sin saber dónde estábamos; seguimos sintiendo el humo de las cosas. No vimos alma alguna; ni un animal, ni el cielo. Los arbustos y árboles nos impedían el paso —parece que no saldremos de aquí— Fuimos tontos, no debimos perseguir algo inexistente, una cosa que no estaba ahí. Pasamos delante de una montaña y subimos para ver si alguno reconocía ese lugar, pero nunca llegamos a la cima; por más que escalábamos no veíamos el fin, nos perdimos.

La cosa iba tan mal, que la mala suerte hizo acto de presencia, incontables pasos advertían la presencia de las huellas de la destrucción, las formas de todo escandalizaban la situación. Contando los momentos en que, lo que nos rodeaba, nos mantenía al borde del peligro. Se acaba poco a poco, deteniéndose en un sitio a

lamentarse por no poder hacer algo para ver que no se extinga la responsabilidad.

Lo encontraron desmayado, casi estaba muerto; las mujeres lo atendieron, dándole agua caliente para aliviar la hipotermia.

- Lo hayamos en las milpas, estaba inconsciente.
- ¿Dónde estoy?
- Esta es mi casa, soy Doroteo Álvarez.

Se recostó: descansaba. Lo atormentaba la culpa; debió haberse ido cuando no pudo controlar el asunto, los bárbaros de esas tierras lo trataron de quemar en la hoguera por el hecho de ser médico y curar a un hombre. Se recuperó después de varios días de guardar reposo, para después contarles el infortunio que tuvo.

- A Dios dele gracias que salió vivo de ese lugar, porque ahí a todo *fuereño* que pasa lo matan, fíjese que no hace mucho hubo una tremenda balacera entre dos borrachos, no se querían calmar y el juez no supo qué hacer, así que dejó el cargo; dicen que ese lugar es el infierno mismo.

Allá no hay ley, cada quién hace lo que se le antoja.

Al doctor le dio vergüenza estar en la casa sin hacer nada, le pidió al dueño que le permitiera ayudarlo; las reses no eran amables con el muchacho pues no se dejaban ordeñar ni que les diera de comer, pero ni modo, ahora sabía lo que era “amar a Dios en tierra de indios”; se fue aclimatando, nunca en su vida imaginó un perverso destino, las personas de esas llanuras no eran tan incivilizadas. Ante las precarias condiciones que impedían continuara su labor, no se rendía, fue a ver al padre para contarle la idea de mejorar la calidad de vida.

La mayoría del pueblo no sabía leer ni escribir, no tenían cuidado con la higiene ni la salud; sin detenerse construyó una escuela para alfabetizar a niños y adultos, inició una campaña de saneamiento diciéndole a la gente que se bañara todos los días, barriera la casa, limpiara los corrales, lavara la ropa, fumigara las habitaciones, hirviera el agua, se lavaran las manos antes de comer y después de ir al baño.

Fue un éxito, la población progresó más de lo esperado; estaba satisfecho, se cumplió el propósito por el que batalló tanto, pero aún faltaba mucho —era apenas el comienzo—

Parecía un animalito asustado, caminaba de un lado a otro, ya no recordaba cómo hablar; hacían muchos años que no veía a nadie, se le olvidó como era una cara, las cuatro paredes comprimieron su cerebro.

Las cabras eran pastoreadas por el niño, iban de “arriba abajo” brincando, mordisqueando los retoñitos, las ovejas descansaban bajo un árbol mientras los críos retozaban alegremente, el perrito atento no permitía que el rebaño se dispersara.

La madre le llevaba el almuerzo: papas con jitomate, tortillas y atole. Sentían curiosidad por saber qué clase de construcción era esa que se veía a lo lejos —una especie de cuarto sin ventanas ni puerta— les dio miedo, pero aún así fueron a ver de cerca, la rodearon para comprobar que se trataba de algo que no se

había visto, de pronto oyeron como que alguien estaba adentro, les entró más temor.

— Mejor vámonos hijo, ya es tarde, además quedó de ir a visitarnos tu madrina —
Arrearon el rebaño—

Se le olvidaron las palabras, se repetía el día en que miró hacia arriba, vio algo muy bonito, no sabía de qué color era, sólo que le gustó. La línea de luz iba desapareciendo, sabía que debía ser la hora, en cualquier momento llegaría Abundio, quitaría las piedras y entraría por el boquete que hacía en las mañanas.

“Si se desea se puede”. Bajaron de nuevo, esperando llegar pronto, faltaba poco, veían las plantas sin la mayor indiferencia, trataban de que a los pies descalzos, no se les encajara alguna espina, sus trajes tradicionales recién lavados anunciaban la ocasión, las codornices en parvadas salen de pronto, estarían a tiempo, no tenían apuro. Era muy silencioso, al caminar casi no tocaba el suelo, se deslizaba semeando una serpiente. El camino no lo sentía. La colina estaba más adelante y pasaron de largo apretando el

paso, el niño lloraba, tenía hambre, la madre no quiso pararse a darle de comer por miedo a entretenerse.

Preparaban la comida —el arroz estaba crudo— trataron de no echarlo a perder poniéndole más agua. El bautizo sería una gran fiesta, irían muchas personas. Los padrinos tenían dinero suficiente para gastar en lo que fuera, no hacían otra cosa más que apadrinar niños. Acostumbraban bañarse en el río —cuando nadie estaba a la vista— El agua formaba ondas, se iban una tras otra; en los remansos se formaba espuma, nadaban hasta que las manos se ponían arrugadas. La superficie reflejaba los cuerpos a medio vestir, entregándolos a las glorias pluviales.

La cama me hacía dar vueltas, perturbaba mis emociones, no permitía que me durmiera, anduve sin sueño durante las horas que debía descansar; salí a pasear contemplando la estancia, los círculos jugaban con el tiempo — que ilógico, no debo estar bien— Me senté a esperar el amanecer, fueron eternidades, apareció el sol, los rayos dorados salieron

paulatinamente apegados a la esfera incandescente, ¡qué hermoso! Tanto tiempo sin ver algo así.

No recordaba cómo era la luz del día, empezó a hartarse de ese encierro, no tenía valor para salir, ni asomarse por la rendija del techo.

El campo hizo que se olvidara de todo. El aire era puro, soplabá despacio; en la ciudad nunca vio parajes como estos, allá los espacios eran cortos, las calles aunque con poco tráfico, no eran inmensas. Los edificios altos llenos de trabajadores sin ningún chiste. Ella vivía en una casa grande, con varios jardines, sola, nada más con una sirvienta y el chofer, tenía que saber cómo era el estilo de vida de aquellos lugares, si tenía caso estudiarlos y darlos a conocer, caminó un largo rato por el zacate, recolectando plantas. A lo lejos vio un pastorcito llevando a las cabras y ovejas a pastar; se le acercó y platicó con él, le preguntó sobre las costumbres y tradiciones de la región. Se fue enterando de que la gente aún era supersticiosa, de que eran muy religiosos, del tipo de cosas que comían, cómo pensaban, a qué

se dedicaban, etc. Se hizo tarde y el niño la invitó a quedarse en su casa.

Al siguiente día, se levantaron temprano; la mujer hacía las tortillas, las niñas preparaban huevos —todo para el desayuno— El niño se fue a su trabajo habitual mientras ella seguía con su entrevista, la señora le contaba algunas anécdotas divertidas, como la vez que la persiguió un jabalí y la hizo subirse a un árbol; o cuando su mamá la espiaba cuando la iba a ver el novio: en aquella ocasión el muchacho se metió a su cuarto y ahí estaban platicando, cuando escucharon que algo se movía debajo de la cama, ella pensó que sería la hermanita y como no le pareció adecuado le aventó una tina de agua, saliendo su mamá toda remojada y haciéndola pasar una vergüenza muy grande.

Se emocionó mucho porque su estancia en el lugar sería agradable. Fueron a cortar leña, continuaron la plática contando chistes. Pasaron casualmente por la casa de ese hombre; ella se quedó extrañada por la forma de la construcción. No le tomaron más importancia y siguieron con la colecta.

Escuchó una conversación, misma que “le dio cosa” —tal vez eran fantasmas— no pensaba, su mundo era angosto, sin nada. No había visto su rostro en muchos años, las uñas eran largas, el cabello *enmarañado* —ligero— Llevaba un vestido roto que nunca se había quitado, no recordaba haber usado zapatos. Tenía presente el tiempo en el que salía a jugar; corría metiendo los pies en el agua, se subía a los árboles a comer frutas, conocía a otras niñas, ellas tenían muñecas bonitas. Creció.

Iban de camino a la iglesia, era domingo y tardarían tres horas en llegar, pero debían ir, pues era obligatorio. El acostumbrado sermón del cura no hacía recapacitar a los fieles, no entendían, pues apenas salían y se iban a las cantinas; al billar, a ver a las novias y novios —aunque fueran hombres y mujeres casados— Robaban, mataban y mentían; eran escoria.

De regreso, la señora le contaba que era viuda, pues le habían matado a su esposo en una riña; y desde entonces tuvo que hacerse cargo de la familia, a veces sus padres y hermanos le prestaban ayuda.

Llovía, no paraba día y noche, parecía arreciar cada vez más, no se sentían seguros, pues de un momento a otro se podía derrumbar el jacal, no pudieron salirse porque el agua arrastraba todo a su paso; no miraban más que una laguna a su alrededor, era la primera vez que veían esos torrentes, agua y más agua misma que pronto comenzó a meterse a la vivienda. Se subieron arriba de la mesa.

- ¡Mamá, nos vamos a morir!
- No hijos la Virgen nos va a salvar.
- ¡Cálmense niños! en cuanto baje un poco el nivel saldremos de aquí.

La tormenta arremetió contra todo lo que se le puso enfrente, nada estuvo a salvo, comenzó la humilde casa de adobes a derrumbarse, había un fresno cerca, salieron con muchas precauciones, tomados de las manos se aproximaron y lograron treparse en las ramas. Subieron a la parte más alta y en consecuencia la lluvia “los dejó como sopa” en unos segundos, vieron con tristeza cómo su hogar fue arrasado, se lo llevó la corriente. Se quedaron ahí sin dormir ni comer durante dos días, observando los destrozos. El

volumen de agua aumentaba rápidamente, nada se podía hacer, no se observaban señas del suelo, apenas si se miraban las copas de algunos árboles, eran cuando menos, cuatro metros de profundidad. Se formó el lago perdido, ya desde hace siglos. Esperaron a que bajara más el agua, ya no llovía, pero era imposible bajar.

No quería morir de inanición, no antes de contar esta aventura. Tuvo la alocada idea de caminar entre los árboles — como estaban muy juntos, tal vez le daría resultado— Siguieron de rama en rama, buscando un lugar seco. Durante horas hicieron esto hasta que encontraron una loma con un minúsculo pedazo de tierra, ella los llevó a todos nadando hasta el lugar, fue difícil, pero consiguieron llegar.

Estaban frente a la casa de Abundio, les entraron ganas de meterse, sin embargo, no había por dónde. Se oían ruidos dentro, señales de vida. Amenazaba con llover de nuevo; trataron de abrir un hueco para introducirse y después de un rato lo lograron.

La luz cegó sus ojos, se atemorizó con ellos y agachó la mirada. Viéndolos prudentemente apenas entraron, se desprendía un olor tan fétido que casi los hizo vomitar, el asco se apoderó de ellos, los sorprendió que estuviese una mujer ahí. Trataron de comunicarse con ella, pero ella no les hizo caso, al parecer no sabía hablar.

De camino a casa iba pensando en lo que había vivido, muy pocas personas tenían el privilegio de presenciarlo; quedar atrapada varios días en una inundación, en conocer a un pueblo rústico y olvidado por la sociedad; saber hasta dónde llega el barbarismo de la humanidad, rescatar a una mujer de una prisión de piedra y lodo, donde la tuvo encerrada su marido en inhumanas condiciones y durante años, a causa de que era muy celoso.

La interrumpieron los niños — que contentos reían— porque iban viajando, irían a la ciudad y por primera vez salían del monte. Conocerían el mundo más allá de los cerros; estaban felices, la madre estaba agradecida con la señorita por darle trabajo y la oportunidad de conseguir un futuro mejor para sus hijos.

No tenemos nada que decirnos, lo vi pasar, sin anhelos de vivir; me dio lástima después de mucho tiempo de buscarme, aún no ha dado con mi paradero, debió haberme dejado en paz, he vivido en el destierro por mucho tiempo, sin saber qué pasaría, fui tan infeliz, como cuando alguien se muere varias veces, no respiraba por estar pensando en que me encontrarían, busqué refugio en las más remotas regiones del mundo, sin descanso vagué con la esperanza de algún día encontrar lo que buscaba, sin mirar atrás, viajé recorriendo las selvas, desiertos, estepas, planicies, mares, ciudades y pueblos, tratando de que mi vida no fuera miserable. Me disfracé: tuve mil identidades, cientos de nombres, un rostro diferente en cada sitio, nada me consolaba, odié a los que me orillaron a semejante historia, pasé desapercibida delante de sus ojos, no me vieron nunca, me enfadé muchas veces, reclamé mi libertad, me jugué la vida en las aventuras más insólitas, hasta que no me quedó aliento para continuar, me establecí, pero mi alma de aventurera no me consintió una vida sin peligros ni riesgos, escapé de una monotonía que me ahogaba, salí de la mano de mi familia; mi pequeño me acompañaba, también tenía sed de correr peligros y el nuevo amor que el Señor me envió a mi lado, estuvo siempre...

Partieron a descifrar los misterios del pasado, en busca de respuestas. Surcaban los cielos, viendo la vida pasar, era difícil crear por si solos las cosas, tenían dudas ¿morirían alguna vez sin

dejar algo de provecho? La humanidad tiene alas para ir más allá de todo límite, buscarían una visión, algo que los retara, los incitase a salir. Arrasarían con todo, devorarían cada cosa que no les agradara o no estuviese bien, poseían la obligación de hacerlo, rescatarse a sí mismos de un ambiente consumista sin perspectivas ni proyectos. Irían convenciendo a otros de unirse a la rebelión en contra de la opresión de la que eran víctima las personas.

Bailaban un tango, no pensaban hacer nada más, disfrutaban la sencillez del momento, afuera en la soledad de un rincón el pequeño cachorrito travesaba con los pastos, mordía las flores, escarbaba el jardín, ladraba a los insectos, cazaba mariposas; los dueños se aburrían, leían los periódicos, caminaban en cuadros, no guardaban silencio. El gatito se estiraba una y otra vez, dando largos bostezos y recostándose nuevamente en su sillón favorito, “estaban cansados de descansar”, eran unos holgazanes, no querían trabajar ni atender ningún quehacer; la casa revuelta, los platos sin lavar, no se bañaban, ni preparaban comida, se la pasaban

tirados en la cama “rascándose la panza”, la estancia era un templo en honor a la pereza.

Mis manos están cansadas, adoloridas, he trabajado mucho, como me ha costado, no puede haber algo que me auxilie, he sacado el mineral, es tal la fatiga que creo que me voy a desmayar. Prepararé un té, tal vez eso me ayude.

No contaban los días ni las horas, solo estaban sin mirar. Trabajan arduamente porque no querían atrasarse, ni perder el tiempo. El capataz estaba a punto de llegar, si no terminaban los castigaría, no habría salario esa semana, era muy estricto: no le gustaba que le quedaran mal.

Continuaron sin descanso, las fuerzas se les agotaron ya no podían más, pero lo intentaron. Leía tranquilamente un libro de cuentos:

"En un castillo lejano, había una terrible bruja que no salía de casa porque el trapeador no volaba, en una villa estaba una aldeana vendiendo ciruelas de belleza, en una cueva estaba un dragón que escupía nieve y no le gustaba agredir a nadie, en el calabozo estaban

unos niños inventando una pócima para resolver problemas algebraicos."

Estaba interesante el cuento, así que siguió leyendo:

"En el huerto las lecheras sembraron una mata de cebras, mientras el herrero hacía puertas de harina, al caballo no le pusieron gasolina y no quiso caminar, la computadora la instalaron en la corriente hidráulica, la bibliotecaria ordenó los libros en el techo."

Muy interesante el cuento: se brincó unas páginas y...

"Las huertas de jamón dejaron de producir, la fábrica de manzanas no tenía personal, los espíritus del castillo embrujado ya ni asustaban, las abejas no producían petróleo, las cosas estaban mal, la gente no estaba contenta, no había dinero ni trabajo."

Le entró curiosidad por saber la causa de tantas tragedias, retrocedió algunas líneas y se encontró con que las páginas estaban arrancadas y no sólo eso, no había final, se enojó tanto que arrojó el

libro a la basura ¿cómo era posible que un cuento tan divertido acabara?

- No, parece que no se ve algo.
- ¿Estás seguro? tiene que haber algo, fíjate de nuevo.
- Te lo juro, aquí abajo no hay nada.

Hablaron mientras buscaban las reliquias piratas, el barco estaba encallado en el fondo de la bahía, bajaron en un mini submarino, no encontraron el tesoro que buscaban, no se desilusionaron, habría más oportunidades, lo intentarían más tarde.

Dos meses después, continuaron la cacería; bajo la mar fotografiaron los arrecifes de coral, miles de pececitos de colores desfilaron delante de ellos. La luz se filtraba a través de la superficie marina, apreciaron el momento. En trajes de buzo llegaron a la nave, y se introdujeron, grabaron lo que iban viendo; parecía un misterio un poco macabro. Un silencioso testigo del pasado.

Seguramente el tesoro no estaba ahí, aunque el camarote no tenía nada en especial, lo

registraron, les pareció que el fantasma del pirata James los vigilaba de cerca; cuidando celosamente el oro de sus pillajes, lo único que rescataron fue; unas espadas y una botella vacía, seguramente los dueños se gastaron todo y vivieron como reyes.

- ¿Su majestad está lista?
- Sí, díles a todos que no tarden, zarpáremos al amanecer.

Pensaba en su pueblo, gente en la que ella ganó su respeto, estaba intranquila. La isla era aburrida, nada comparado con la corte; decidió ir en búsqueda de una magnífica fortuna, que según cuenta la leyenda, estaba en una parte inexplorada. Creyó que podría encontrarla y cumplir muchas de sus ambiciones, las damas de compañía pensaban que estaba loca; pues no deseaban andar viajando por tierras lejanas, preferían coquetear con los hombres en el palacio, además se desmayaban cada cinco minutos, eran unas inútiles, arruinaban el paseo de la reina, se debían aguantar, porque si la hartaban las dejaría a su suerte en un *islote*.

Las ondas se deslizaban con rapidez a los costados del buque, recargada sobre sus brazos contemplaba el horizonte, de pronto una racha de viento movió violentamente la bandera real, los marinos pensaron que sería un mensaje de algo o alguien — tonterías, ni los niños creen esas boberías— en realidad ella no buscaba un tesoro —que obviamente no existía— lo que quería era ir en busca de la tranquilidad que no conocía, no se podía tener todo, pero lo intentaría, las vacaciones de su vida las disfrutaba al máximo , no necesitaba las riquezas, pues era una reina y tenía todo. En eso estaba cuando se cayó del bote, nadie se percató de lo que le pasó, gritó mucho, no sabía nadar los amenazó con despedirlos, ejecutarlos, envenenarlos, sacarles los ojos, no le hicieron caso; el vestido funcionó como lancha, era tan ligero que flotaba, se quitó su corona y la usó como remo —típico, siempre tiene que pasarle alguna cosa al protagonista, no hagan mucho ruido, a ver si no se da cuenta— no lo podía creer, se desmayaría, pero no había en quién, parecía una pesadilla, llegó a la isla de la que partió, lo peor era que estaba deshabitada; si al menos se apareciera un héroe guapo que la

rescatara, pero ni señas, se sentó en una silla —la misma que desechó— le dio hambre era casi de noche. ¿Y si se la comía un animal salvaje? le daba miedo ¿qué tal si los caníbales la guisaban? —Habría banquete real— se subió como pudo a una montaña, encendió una fogata, no supo qué hacer ¿qué se supone que se hace en estos casos? ¿pedir socorro? Olvidó su guía para náufragos; ni como enviar un correo electrónico —todavía no se inventaban — el teléfono celular tampoco, era muy cruel, así que se tiró en la arena a hacer una escena dramática.

— ¡Oh! si tan solo pudieran oírme fieles vasallos, les recompensaría por rescatarme de las garras de la muerte. Moriré sola, sin nadie que pueda prestarme consuelo, me extrañarán tanto, que erigirán un mausoleo en mi honor, mi pueblo no podrá reponerse de tan terrible y espantosa pérdida.

Se la pasó haciendo “teatro” las primeras semanas de su tragedia, se volvió patética y cursi hasta que no se soportó.

Odiaba sentirse perdida, sin posibilidad de salir de ahí —pobrecilla démosle una oportunidad— lo que más lamentaba era no haberse casado, su vanidad desafió los límites de la soltería, se creía la gran cosa, nunca conoció al hombre de su vida, quería uno perfecto —que por lógica no existen— sólo deseaba salir de su penosa situación, dejaría de ser una señorita encantadora, se moría de tristeza al pensar que sus joyas y trajes, estaban solitos; sin nadie digna de lucirlos. Hacía unos leves pucheros, después una carota, seguramente no la iban a buscar, pues había sido una bruja, tirana, dictadora, opresora, verdugo, etc. Reconoció todos sus errores, sabía que era un castigo por ser tan mala, se resignó a quedarse por la eternidad...

No tiene ningún chiste ser gentil y amable para que te acepten; no le hacía gracia, le disgustaba obedecer, no valía la pena, se sentía mal por no ser la persona que todos querían, el mundo es raro, un día estás aquí, al otro allá, y al siguiente no sabes, parece que no se puede, un lema muy común.

Buscaron “de arriba abajo y de abajo a arriba”, debajo de la alfombra, en las copas, en el cajón de las calcetas, en la billetera, incluso debajo de la mesa

— ¿Dónde pondría el viejo el testamento?

Los abogados, el notario y los herederos aguardaban impacientes, no apareció el dichoso documento, haciendo expresiones molestas: "ush" ¿Cómo dividirían todo, si no había con qué comprobar lo que le correspondía a cada uno?

Margarita salió a la calle gritando que la persona que hallara el testamento de su abuelo le daría una fuerte suma de dinero, entraron muchos interesados corriendo, voltearon todo al revés y nada. ¡Qué embrollo! la ambición les cosquilleaba las manos.

Volaron los años y una gran herencia no se podía cobrar — clásico— la mansión se burlaba, pues sólo ella conocía el lugar exacto donde se encontraba el preciado documento, el lugar más acostumbrado de todos: debajo de la cama, sin embargo ese no era el asunto, el dueño del

dinero sería el primero que lo encontrara, por lo visto no eran nada inteligentes.

Caminaban, sin paso ligero, el polvo levantaba las partículas de la atmósfera, el carretón avanzó, la pesada carga lo tambaleaba casi se desarmaba, las mulas cansadas en un momento más desistirían, no era agradable; los sufridos perros, fieles a su amo, no poseían aliento para dar un centímetro más, no se rendirían, llegarían. No faltaba mucho. ¿A qué persona razonable se le ocurriría hacer semejantes trastadas?

— Lloraban—

— Te digo que alguien llora.

— No hagas caso, ha de ser Martha.

— ¿Cuál? que yo sepa no conocemos a ninguna.

— Es la que murió hace varios años y que vivía en el cerrito.

— ¿Será que su alma anda en pena?

— Tal vez sea porque se portó mal, dicen que estaba loca que mató a todos sus hijos.

Te esperé, miraba una y otra vez por la ventana, no llegaste, hasta el día de mi boda pensé que te

acercarías a felicitarme, pero no, ya no me acuerdo como eras, me dijeron que estás muy lejos, no perdí la esperanza, le pedí a Dios que te regresara, nadie quiso creer cuando dije que viniste, no era real, era una sombra, la toqué y se deshizo entre mis manos, se rió de mí, me dijo que era un sueño que tú jamás exististe, que no importaba lo que pensara, no se podía amar algo irreal, quería saber si era verdad que una vez me viste, fue tal vez una ilusión. Tuve que ir a comprobarlo, pero no encontré ningún indicio, sólo sé que estuviste aquí, tocaste mi puerta me invitaste a pasear, contamos las hojas que caían del nogal, tus ojos brillaban. Me dieron ganas de decirte que te quedaras, era de noche, hacía frío.

Maripositas de colores vieron pasar, bailaban un ballet campestre, brindaron con el néctar de las flores, atrapándolas se divierten los pequeños, juegan a ser aves, volando sobre los paraísos de la imaginación, verdes son los pastos, la voz tierna y dulce de la profesora los llama, les indica que es la hora de terminar las lecciones, con la misma paciencia los enseña a estudiar; son rebeldes, les encanta cazar sapos, abejorros y

uno que otro murciélago. Suelen pasar corriendo por el arroyo dibujando su silueta en la superficie.

Hemos viajado por todo el mundo, pasamos por playas desoladas, y hallamos un rastro — ¿Pero de qué, si no estamos buscando nada? — nos cansamos de andar, no dormíamos bien, los edificios nos aburrían, no nos divierte nada, vivimos por vivir, porque así es nuestra naturaleza, sólo quisiera terminar.

El trabajo en verano es agradable, soplándose ligeramente con el abanico y recostada en el diván, viendo a los sirvientes en sus labores, fantaseaba con un bosque lleno de galanes, que la invitaban a salir, bailaba en sus sueños. Cuando de pronto se escuchó que se quebró un jarrón — puso carita de enojo— que impertinencia, sacarla de su fantasía, afortunadamente no pasó a mayores. Platicaba con su tía la duquesa, lo feliz que la haría salir y tener un montón de aventuras.

— ¡Tú serás la próxima reina!, no es el momento de estar pensando en cosas infantiles.

“La bajaron de la nube”, le chocaba que se interpusieran en sus planes, decidió que el primer decreto como soberana sería realizar una expedición en donde ella fuera la líder y gobernara a su antojo. Se armó de varios valientes entre los que destacaban las damas de compañía, la fragata era una réplica exacta de sus habitaciones.

Limpieron el piso; la fiesta sería esa noche, se quedaron inmóviles por unos instantes, tal vez no podían hacerla, esperaban que alguien las ayudara pero nadie se ofreció. Colgaron las guías de rosas, pusieron las mesas, no esperaban más; pronto llegarían los invitados, vendrían — lo sentía— Las viandas se agriaron, no fueron. Su madre la veía con la ternura que sólo ella conocía; la llevó a recostarse en la cama y le pidió que durmiera. La señora salió a la calle. Se paró frente a la casa y en su rostro estaba la furia marcada, no se iría sin saber por qué no estaban. La sirvienta la hizo pasar a la sala.

— Mi hermana agoniza, mi sobrino ha desaparecido.

Le contó que la noche anterior el joven no regresó, estaba muerto. ¡No podía ser! un estremecimiento la hizo palidecer ¿qué horror le esperaba a su pobre hija?

En cada detalle de una de las columnas, se registró una pequeña forma circular, como si fuesen miles de líneas girando, un detalle bastante interesante. Observaron las ventanas, unas preciosidades arquitectónicas, un piso de madera que rechinaba mucho. Sin poner atención siguieron explorando; los muros estaban cubiertos con una especie de azulejo, lo analizaron minuciosamente, tenía unos grabados que parecían contar algo, estaban encantados revisando milímetro a milímetro. No querían que nada se les escapara — les costó tanto trabajo adquirir esa propiedad— sintieron que era necesario hacerlo. La limpiaron muy bien y con mucho cuidado sacó a relucir su belleza y se hizo más bonita.

Compraron muebles de varias maderas y tapices, la decoraron en forma adecuada: seguía siendo muy hermosa. Hicieron de su hogar un lugar tibio y acogedor.

Por unos instantes dudaron en seguir el camino pero no había alternativa, los buscaban, temían que los fueran a meter presos y los separaran. Sufrieron tanto a causa de esa situación que no estaban dispuestos a soportar más.

El sol estaba alto, el burro no quería seguir estaba cansado, tenía varios días en marcha. No se rindieron, avanzaron hasta donde las fuerzas les permitieron, la colina estaba muy de cuesta abajo, así fue más difícil subirla. Allá a lo lejos al otro lado del valle, se miraba una cabañita insignificante, ahí era a donde iban, estaban contentos les gustaba la idea de vivir allí.

Se escuchaban pisadas, unas livianas y otras más pesadas, se deslizaban como si quisieran llegar pronto. Se escuchaban tan cerca, como si estuvieran dentro del cuarto. Les retumbaban en las orejas.

— ¿Serán caminantes?

- Yo creo que sí, por estos lugares pasa gente.
- Pero es tarde, casi es de madrugada.
- Pasan toda la noche, desde que atardece; hasta casi el amanecer. Dicen que son forajidos.

Tal vez van a algún lugar y no quieren que se les haga tarde.

Estaba pensativa, la suegra la tranquilizó, lo malo es que la señora no sabía por qué estaba inquieta, se le ocurría pensar que en cualquier momento llegaría él por ella, se la llevaría otra vez por la fuerza como la primera vez que lo hizo, se acuerda perfectamente, era novia del muchacho con quien vive ahora, en San José, estaba en la casa de sus padrinos, él le prometió que se iría a trabajar; para regresar y casarse. Días después de que él se fue, la raptaron y así es como fue a dar con ese hombre al que odiaba. Tiempo después volvió el novio, fue por ella, y ahora estaba ahí revolviendo pensamientos en la cabeza.

Las nubes bajaron por las laderas de la sierra, el paisaje verde, lleno de árboles brillaba con el rocío matutino. La hora de salir a ordeñar las vacas, era temprano, para después darles de comer a las gallinas.

Cargaban el cántaro de barro e iban a buscar el agua; la pradera estaba llena de flores, los bichos andaban de planta en planta, unos como los mosquitos, se dedicaban a picar dejando una mancha roja y dando mucha comezón.

Por las tardes cuando terminaban los quehaceres, bordaban. Hacían manteles tejidos con aguja de gancho; o bufandas. Todo esto lo vendían en el pueblo a doña Cata —quien los llevaba a la ciudad— a veces se sentaban en la orilla del corral a ver el valle.

Estaban en una montaña y allá abajo se alcanzaban a ver las casas, muy distantes, la señora había vivido muchos años en aquel lugar; cuando tenía catorce años se casó con don Manuel, allí nacieron sus ocho hijos y casi todos, menos el menor, se fueron a otros lugares. No les gustó vivir ahí, le contó que cuando estaba más

joven su marido, se le ocurrió irse a trabajar de bracero a los Estados Unidos dejándola sola, no le envió ni un centavo. Ella con tres niños chiquitos tuvo que ir a ayudar en el ranchito de "La Mazorca". Trabajó de sol a sol; la patrona era muy exigente y no toleraba ningún error, se aprovechaba porque tenía necesidad y así se la pasó cinco años, supo sobrevivir.

Se entristeció un poco, pensaba en que si a ella la dejaba, era capaz de morirse.

La tarde pardeaba, la oscuridad se iba adueñando del día, las estrellas no salieron; tardaron en llegar. Venía con su padre, ambos estaban cansados de trabajar en el campo, cenaron caldo de pollo con tortillas.

Después bajaron, pues era fecha de fiesta, tenían que seguir la angosta veredita entre los matorrales, se darían las doce estarían justo a tiempo para la misa, iban a confesarse y después a comulgar. Las portadas adornaban el lugar, la gente estrenaba nueva vestimenta, trataban de ponerse muy elegantes; las campanas repicaban una y otra vez. La banda de músicos tocaba según

la pieza que les solicitaran, los puestos de comida, cerámicas y recuerdos, estaban vendiendo bien. La gente gastaba sus ahorros en la feria patronal.

La procesión recorrió las calles del poblado yendo de casa en casa, recogiendo la cera. Una interminable fila avanzaba lentamente introduciéndose en la iglesia. El padre recibía las velas adornadas de muchas formas y al mismo tiempo las bendecía. La plaza estaba llena, no cabía ni un alfiler; las comadres platicando, los señores tomando cerveza o tequila y los niños jugando. Sigo aquí, casi terminando de leer, soy una de las personas que nunca terminan nada, empiezo de la mitad, avanzando por el principio para no terminar. Estoy feliz porque ahora sé que mi bisabuelita fue una aventurera...

He recorrido cada rincón del mundo, soy libre por fin, a la orilla de esta playa, las olas se riegan por la arena, las gaviotas vuelan haciendo esculturas con las plumas y masas de aire, la brisa me refresca, el oxígeno puro lo respiro sin dificultad, la mar consume el tiempo, me ve, quiere que la siga, iré a sus profundidades a descifrar los misterios que encierra: me llama. He volado por los cielos, llevando la historia entre mis ojos, creyendo que

buscando me encontraría; destilando ideas fusionadas con reflejos, subí a las montañas, escalé las pendientes, bajé a las cavernas a conocer las pinturas rupestres, contemplé en los miles de museos las obras de arte más remotas y famosas de la humanidad, quizás no dejé una sola aldea sin visitar. Pasé por todos los países, conocí a los climas más extremos fríos y calientes, mi cabeza tiene muchas memorias, recuerda las selvas y los desiertos.

Vio como el barco regresó lloraba de alegría — pues ni modo que de enojo— nunca esperó que sus súbditos fueran por ella, la reina, otra vez su majestad, tardaron dos años en llegar; la buscaron por todo el océano, prometió no ser tan mala, pues fue muy difícil estar sin su palacio tanto tiempo, y sobre todo sin sirvientes. Las esmeraldas y rubís la debían echar de menos, al llegar abrazó y besó a lo que se le puso enfrente, agradeció al cielo, estar en casa de nuevo. Se casó —por supuesto— con el primer príncipe que se halló, tuvo muchos herederos y no volvió a portarse mal, aunque no se le quitó la costumbre de viajar y cuando se le daba la gana, se iba a donde quería —eso sí, con precaución—

- Papá, ¿me cuentas un cuento?
- Estoy ocupado y no me sé ninguno.
- Por favor, uno chiquito.
- Está bien ¿cuál quieres?
- Uno de extraterrestres y policías
- Bueno, en el año “X” un detective llamado Jean fue a resolver un caso sobre un homicidio de una persona, estaba nervioso no sabía por qué...

Seguiremos soñando, pensando en cosas que no han existido, aquí sentados en este sillón no encontramos nada que pueda distraernos. Las olas se desvanecen lentamente y vamos viendo lo que nos espera, si puedes recordarme, estaré aquí esperando, soñando; viendo cómo nos vamos a esta vida, surcando los cielos, volveré algún día para decirte que aún es tiempo de echar a volar la imaginación, todavía podemos tener esperanza.

Silvia García Ramírez

Tiempos de soñar no es una novela, tampoco es un libro de cuentos de hadas. Más bien, es una especie de realismo mágico literario, dónde su autora nos narra su percepción de la vida, sobre un mundo de sueños, sin principio ni final, sobre quiénes somos y qué queremos, de dónde venimos y a dónde vamos.

La vida es un juego dónde se gana o se pierde, dónde hay que pagar un precio muy alto a cambio de vivir. Todos vivimos de sueños e ilusiones, de esperanza, codiciamos algo. Sólo que... hay algunas personas que tienen un sueño en lo profundo.